

## PRÓLOGO

El traquetear del metal se confundía con el trotar de su caballo, el sudor producido por un calor asfixiante casi no lo dejaba ver a través de su yelmo y el pellejo de agua ya estaba casi agotado, pero eso no era lo peor, más sufría por su compañía que por todas las inclemencias del terreno y del clima de Borvantú.

Esa mañana lo habían mandado con un grupo de soldados al puerto de la ciudad de Laknés, tenían que vigilar que ningún barco zarpara a no ser que fuera un pequeño pesquero.

Desde que el rey y su hijo Eustad firmaran la paz a esperas de seguir negociando, Laknés había sido vigilada por ambos bandos. Eustad controlaba la mayor parte de la ciudad al norte del Mechiria, pero ésta se dividía en dos y Tanios gobernaba el sur. El puerto fluvial estaba compartido por ambas partes y los dos ejércitos se afanaban en vigilar que ningún barco de gran calado saliera o arribara en dicha ciudad. Era un puerto de los más cercanos a El Yermo y nadie quería visitas “inesperadas”. Tanios y sus tropas podían usar algún otro como el de Gateh o el de Labe (que daba el nombre al estrecho que separaba El Yermo de Borvantú) para viajar hacia el continente que ahora no estaba gobernado por ningún Trevorian, sin embargo, para las tropas de Eustad era el mejor puerto desde el que podían partir para negociar algún tipo de tratado que beneficiara de algún modo al hijo mayor del rey legítimo, algo que debían de impedir a toda costa.

En Laknés solo había un pequeño destacamento de no más de diez soldados (era lo que se había estipulado cuando se firmó la tregua para evitar un posible conflicto entre ambos bandos), así que era algo habitual en los dos ejércitos el mandar varios grupos al día a la ciudad para comprobar que todo permanecía en paz y en base a los acuerdos. Y esa mañana él fue uno de los elegidos para hacer la patrulla rutinaria por las calles y luego bordear la costa para asegurar que ningún barco llegara a puerto, para ello tendrían que visitar a los soldados de la ciudad y luego a los tres destacamentos esparcidos por la playa.

La visita a Laknés fue breve. Salieron con las primeras luces de la mañana desde el campamento al sur de la ciudad (alejado poco más de media hora a caballo) y contactaron con los vigías que no habían visto nada fuera de lo normal hasta ese momento. Más tarde, después de desayunar, las cosas se complicaron. Ya había comprobado desde que llegó a Borvantú cómo antes de llegar el medio día el calor era casi insoportable y esa mañana no fue diferente. Poco después de dejar la ciudad y el puerto, se dio cuenta de que era demasiado viejo para cabalgar con su armadura bajo ese sol abrasador y a lomos de un caballo que no era el suyo, sin embargo, no era lo que más lo molestaba de la patrulla de esa mañana, peor era soportar al joven explorador que habían mandado con ellos. Apenas llegaba a los trece años y ya se comportaba con la arrogancia de un capitán curtido en mil batallas, aun así, toleraba el desdén del sureño mejor que el del resto de la compañía, dos caballeros de la Orden del Agua, un sargento del ejército real y quince soldados rasos, todos con mandos sobre él.

Y es que desde que la Orden de la Roca había caído en desgracia cuando unos cuántos alumnos y uno (o dos, las noticias no llegaban a Borvantú con toda la claridad deseada) de sus guías habían traicionado al rey y al Imperio, todos los miembros de la Orden habían sido depuestos como caballeros y nombrados soldados aprendices del ejército real o de la Orden del Agua. Él había sido uno de los últimos y ahora tenía que aguantar que todos mandaran sobre él a pesar de su experiencia y de su edad, próxima a los cincuenta años. Por si no fuera poco también le habían quitado su caballo y casi todas sus armas, quedándose sólo con una espada corta con la que poder luchar. A pesar de toda esa desgracia no era el que peor parado había salido, al menos conservaba su armadura (eso sí, sin emblemas de la Orden). Algunos de sus compañeros y amigos habían sido mandados al servicio, bien para limpiar el campamento o bien para dar de comer y cuidar a los animales de granja, otros ahora eran leñadores y los que menos, aquellos que se habían opuesto a perder su título de caballero y a entregar sus armas, estaban remando en galeras que patrullaban constantemente las costas de El Yermo.

La bruma matinal no dejaba ver mar adentro. Según le habían dicho los habitantes de aquellas tierras era algo normal en verano, así que les tocaría hacer la patrulla por la playa. Sería bueno para mitigar el calor, pero también requeriría un esfuerzo extra, pues para llegar al segundo destacamento tendrían que descabalgar y acceder a una pequeña cala a través de un paso sinuoso entre los desfiladeros que separaban a las tres patrullas que vigilaban día y noche el mar y el acceso al puerto.

Antes de dejar a un lado una pequeña arboleda, Elnian, el caballero de la Orden del Agua que ostentaba el mayor rango, ordenó que se detuvieran a la vez que descabalgaba, se quitaba el yelmo y se sentaba bajo una sombra. Con un gesto mandó al explorador sureño que se acercara y le pidió su pellejo de agua, tras beber, mandó a varios soldados a la ciudad a por agua. Pudo ver que el caballero ya se había acabado la suya, seguramente por la mezcla de la sed provocada por el calor y por una noche larga regada por el alcohol.

## EL SEÑOR DE LOS SALVAJES

Le extrañó mucho no ser uno de los encargados de regresar a Laknés, pues siempre le reservaban las tareas más ingratas dentro de las expediciones, así que al ver que Elnian lo llamaba de nuevo no pudo reprimir un suspiro de abatimiento.

—No te quejes antes de saber lo que te voy a mandar, maldito inútil —recriminó el caballero.

Él no le respondió, se acercó y esperó a obtener sus órdenes. Sabía que oponerse o una mala respuesta solo haría empeorar las cosas.

—Tú y el sureño iréis a comprobar cómo está el primer destacamento. Hoy no hay que llevarles provisiones y parece que no debería haber problemas, así que terminad pronto, porque luego tendréis que dejar vuestros caballos e ir andando hasta el segundo. Cuando terminéis allí regresad e iremos todos juntos al final de nuestra misión —dijo lo último con un tono de sarcasmo, luego se quitó las grebas y los escarpines y se recostó sobre el tronco de un árbol—. Una cosa más. Nombro al chico tu superior, así que haz todo lo que te ordene.

Las risas entre los demás sonaron en cuanto se dio la vuelta. Se fue sin decir nada. Preferiría ir solo, pero con la compañía del joven sureño estaría más cómodo que con la de esos soldados que no dudaban en ridiculizarlo.

—¿Cómo te llamas, soldado? —le preguntó el joven sureño.

Cuando llegó a Borvantú le dijeron que muchos no hablaban hasta los dieciocho años salvo con sus familiares directos, justo después de orar a su dios, pero que en épocas de guerra en la que todo ciudadano era considerado un soldado y un arma de la Diosa, estaba permitido hablar con los demás para no perjudicarlos en la guerra.

—Me llamo Vanor —contestó, enarcando las cejas y mirando de soslayo al joven.

—Siempre pareces disgustado, enfadado con el mundo, cuando deberías estar agradecido a la Diosa por poder luchar en esta guerra y poder manejar una espada al servicio nuestro Imperio. Yo soy feliz por hacer mi trabajo y espero algún día ser una leyenda, un héroe para mi pueblo. Mucho me temo que tú te conformarías con sobrevivir —el joven meneó la cabeza con incredulidad ante su última afirmación.

—¿Cómo te llamas? —preguntó después de pensar un rato en las palabras del chico.

—Khourib.

—Mira, Khourib, casi te cuadriplico la edad y desde luego te puedo decir que tengo mucha más sabiduría que tú. He sido caballero más de veinticinco años y he procurado protección y justicia a un pueblo durante ellos; he mandado ahorcar a asesinos, a encarcelar a ladrones, a dragar ríos, a recoger cosechas; he comandado a más de cien caballeros en esta guerra durante sus primeras batallas. Sólo la traición de otros hombres ha hecho que ahora mismo sea un simple soldado, quizás menos que eso, pero siempre seré mejor persona, mejor guerrero y mejor hombre que esos que hemos dejado atrás. Los detesto, pero nunca me oirás despreciarlos o hablarles mal. Son mis superiores y si hace

falta moriría por ellos, aunque realmente estaría dando mi vida por el Imperio. Así que te puedo dar más de un consejo.

>>El primero, que respetes a tus superiores y a tus mayores, porque seguro que tendrán más sabiduría que un niño al que le acaban de regalar su primera espada. —Señaló un machete que el joven llevaba en su cinturón—. Ten claro que si te mando algo tendrás que cumplirlo, aunque Elnian haya dicho lo contrario. Deberías respetar a tus mayores y a los más experimentados que tú. Tienes mucho que aprender... y estaría dispuesto a enseñarte. ¿Lo has entendido?

El joven lo miró con recelo, luego acarició a su caballo y finalmente le contestó.

—Sí, señor.

Cabalgaron hasta que la vegetación dejó paso a simples matorrales. La temperatura descendió hasta el punto de hacer olvidar el asfixiante calor de tan solo una hora antes. La bruma, en vez de mejorar, había hecho que ni siquiera pudieran ver las hogueras que debía tener encendidas el primer destacamento en tales circunstancias.

Vanor descabalgó para evitar tropiezos con su caballo, al verlo, Khourib lo imitó y descendió al suelo.

Ya en la playa, vieron las hogueras de la noche anterior apagadas. Nadie vigilaba y las cinco tiendas de campaña del campamento parecían vacías. Miró al joven y se preguntó si no serían los objetivos de una de las bromas pesadas que los soldados solían hacer en sus tardes de aburrimiento, pero pronto, tras acercarse más a las tiendas y percatarse de que allí no había nadie, una señal de Khourib al suelo y una mirada suya hicieron que se preocupara. En el centro del campamento vieron restos de los que podía ser sangre, unas pocas gotas.

—Puede que sea vino —sugirió el joven.

Vanor apartó la arena que estaba removida y descubrió que el líquido impregnaba más espacio del que parecía inicialmente, estaban ante un charco de sangre.

—¿Puedes seguir desenterrando para ver a dónde nos lleva esa sangre? —le preguntó a Khourib, que no tardó en obedecerle.

Mientras el chico desenterraba la sangre, Vanor sacó su espada e inspeccionó todas las tiendas. No había rastros de sangre en su interior ni ningún signo de lucha. Regresó al centro del campamento y miró a su alrededor. Sólo veía unos cincuenta metros en el mar, aunque la bruma se estaba levantando por momentos. Al Este, la playa terminaba en un desfiladero, tras el cual estaría el segundo destacamento. Al Oeste, donde desembocaba el río Mechiria, sólo encontró un lugar donde podían haber escondido los restos de una pelea. A unos cien metros antes de llegar al río, unas rocas salpicaban el terreno, eran lo suficientemente grandes como para evitar que los caballos pudieran pasar entre ellas.

—Parece que lo arrastraron hacia allí —le dijo Khourib señalando al lugar que Vanor estaba mirando.

—Sígueme y ten los ojos abiertos.

## EL SEÑOR DE LOS SALVAJES

El joven desenfundó su machete y pese a su juventud no mostró el más mínimo temor.

Avanzaron hacia las rocas despacio, cada cinco pasos movían la arena para encontrar nuevos rastros de sangre. Vanor estaba muy preocupado, más al mirar hacia sus monturas. Las habían dejado demasiado lejos para una huida rápida, aunque no parecía haber nadie más en esa playa nunca estaba de más estar preparados por lo que pudiera suceder.

Alcanzaron las rocas y no tuvieron que buscar mucho para encontrar el primer cuerpo. Una mano de un soldado parecía estar agarrando uno de los peñascos.

Tras asegurarse de que estaban solos y después de decidir no enviar a Khourib a avisar a Elnian, ya que necesitaría su ayuda, soltó su espada y comenzaron a desenterrar los cuerpos.

Los habían apilado sin echarles demasiada arena encima. Al primero, el soldado que parecía sujetarse a una roca, le habían cortado el cuello, la espada la llevaba en el cinturón, así que Vanor supuso que no le dio tiempo a defenderse. El resto, sin embargo, mostraba signos inequívocos de lucha. El segundo tenía amputado uno de sus brazos y el tercero tenía varias heridas que parecían mortales. El cuarto y el quinto habían sido decapitados y el sexto estaba abierto en canal. Se sorprendió de la seriedad y madurez que mostró Khourib al desenterrar los cuerpos, él con su edad hubiera tenido que dejarlo tras ver al primer muerto.

Los tres siguientes habían sido apuñalados, no llevaban las corazas de cuero, así que pensó que los habían matado mientras dormían. El décimo, y el último que deberían encontrar, no parecía haber muerto por heridas de ningún arma.

—Lo han ahogado —dijo Khourib respondiendo a su duda.

Podía ser que el joven tuviera razón, quizás lo habrían torturado para que les confesara algo o simplemente lo habían ahogado porque estaba cerca del agua.

Agotado por sacar todos los cuerpos de la arena y pensando dónde lo habían ahogado, Vanor miró hacia el mar y lo que vio lo dejó helado. A lo lejos, un gran barco y en la orilla de la playa dos botes desde el que habían descendido varios hombres.

Con el esfuerzo y trabajo que les había costado desenterrar los cadáveres no debieron escuchar los botes y a los hombres que habían desenfundado sus armas y ahora se dirigen, amenazantes, hacia ellos.

Khourib ya tenía su machete en las manos y los esperaba con valor.

—Corre a los caballos. —El chico lo miró receloso—. Es una orden, Khourib, corre a los caballos y avisa a Elnian y a los demás. Cuéntales lo que hemos visto.

El joven no dudó en enfundarse el machete y salir a la carrera en dirección a sus monturas. Vanor cogió su espada y salió al encuentro de aquellos asesinos. Porque eso es lo que eran.

Se tendría que enfrentar a los veinte hombres que habían descendido de los botes. Sabía que no podía vencer, pero eso le daba igual, sólo tenía que dar

tiempo a Khourib para que escapara, después de ese día la guerra estallaría de nuevo.

Dos de los asesinos parecían liderar al resto, se habían adelantado y ahora se dirigían hacia él. Uno era toda una bestia, Vanor calculó que medía más de dos metros y era el doble de ancho que él, llevaba la cara al descubierto, dejando ver una barba pelirroja espesa y un pelo rizado del mismo color, manejaba un gran martillo de guerra, algo que odiaba Vanor (eran armas hechas para romper armaduras y triturar los huesos, un solo golpe podía bastar para inutilizar una extremidad o romperle el cráneo a un enemigo). El otro líder tenía su altura, el pelo corto, negro y varias cicatrices en la cara muy mal cubiertas por una barba incipiente. Se detuvo en seco al ver cómo el segundo guardaba su espada y recogía un arco de otro de sus hombres. Volvió su mirada hacia Khourib que aún no había llegado a su caballo. Cuando apenas le quedaban diez metros para llegar, una flecha lo alcanzó en la pantorrilla y el joven cayó al suelo. El alarido de dolor que soltó al caer se difuminó entre las risas malévolas de los asesinos.

—¡NOOOO! —gritó al ver cómo disparaban una segunda flecha que impactaba de nuevo en el chico.

Khourib se intentó levantar, pero las dos flechas y seguramente el dolor que sentía impidieron que pudiera incorporarse, aun así, se siguió arrastrando hacia los caballos.

Vanor cargó entonces contra sus enemigos, no tendría opciones de victoria, pero al menos intentaría matar al que disparó las dos flechas.

Antes de encararse con él, un soldado se interpuso en su camino. Con una rápida finta esquivó el primer ataque y clavó su espada en el abdomen del hombre. No llevaban coraza, algo de lo que se podría beneficiar.

Dos más se encararon con él, pero antes de defenderse de cualquier ataque, el gigante del martillo se adelantó y apartó a sus compañeros. Todavía no estaba acostumbrado a luchar sin escudo, pero esperando un fuerte golpe del martillo, interpuso su espada. La fuerza con la que lo golpeó fue brutal, no pudo evitar perder el equilibrio por el golpe sobre su hombro derecho, rodó por el suelo, agarró la espada con su mano izquierda y atacó, pero antes de que pudiera alcanzar a su rival, el martillo ya había descendido con más fuerza aún sobre su yelmo.

—Traedme al desgraciado ese —escuchó que ordenaba el que había usado su arco contra Khourib.

Vanor hizo un intento por levantarse, pero antes de reincorporarse cayó hacia atrás. Notaba que su sangre le corría por el hombro y por la cara. El yelmo lo tenía aplastado y sólo lograba ver por un ojo, le habían quitado la espada y el gigante del martillo lo estudiaba apoyado sobre su arma.

—No tienes porqué matarlo, Tab, sólo es un niño...

—Es mi presa y la he cazado. Tú haz lo que quieras con ése —interrumpió el asesino del arco.

—¡Se acercan caballos! —gritó, desde un lugar que no podía ver, otro hombre.

## EL SEÑOR DE LOS SALVAJES

—Cruzaremos al otro lado en los botes —dijo, antes de agacharse sobre él, el del martillo—. ¿Qué hago con...

Levantó de nuevo el arma y entonces Vanor vio algo que no le hizo temer la muerte. El joven Khourib se había arrancado una de las flechas y se la había clavado en el cuello a uno de los soldados justo antes de que el asesino de las cicatrices en la cara lo apuñalara a sangre fría.

A la vez que el sureño caía, él perdió el conocimiento.





## LOS REGALOS

—Juhal, busca a Konag y a Elouarn, tenemos que compartir con ellos nuestro descubrimiento. Voy a ser muy popular en Visayar, incluso puede que me dé a conocer en Mewan.

—¿Cómo que vas a ser muy popular? ¿Y nosotros qué? En realidad ha sido Aed el que ha encontrado los tesoros y si no hubiera sido por mí...

—Vamos, ve a buscar a los otros dos mientras Aed y yo abrimos el cofre. Espero que sean monedas de oro, o al menos, así me han sonado — interrumpió Nolf mientras sacudía el cofre que habían encontrado en el antiguo castillo de Visayar.

—Estoy harto de recibir tus órdenes. En cuanto nos hagamos ricos vendiendo estas cosas, yo seré el que mande —se fue protestando Juhal.

En cuanto sacaron a Aed del hueco del antiguo castillo de Visayar, comenzaron a estudiar con detenimiento cada uno de los objetos que había conseguido sacar. El más valioso parecía ser el puñal, que además tenía una piedra verde incrustada en el mango. La túnica, algo estropeada, no dejaba de ser simple ropa, podrían conseguir algunas monedas de cobre por ella. Los pergaminos estaban todos escritos por una cara, la pluma estaba inservible y el tintero con la tinta seca. El libro, cuyo título había finalmente descifrado Aed, estaba en buen estado, pero ninguno de sus amigos creyó que pudieran sacar mucho dinero por él. Así que en ese momento estaban centrados en abrir el pequeño cofre donde creían que podía haber monedas dentro. No lo querían romper por si fuera valioso, así que Nolf estaba enfrascado en forzar su pequeña cerradura mientras Aed y Juhal (antes de marcharse a buscar a sus otros dos amigos) lo observaban con detenimiento.

—Si tuviera una ganzúa... —se quejó su amigo.

—¿Sabes abrir cerraduras con ganzúas? —le preguntó, Aed

—Mi padre siempre ha guardado el vino en un arcón bajo llave y yo desde pequeño he aprendido a abrirlo. Sólo bebo lo justo para que no se dé cuenta, luego vuelvo a cerrarlo y por ahora me ha dado resultado.

>>Dame el farol, tal vez si con el alambre del asa...

Aed observó cómo Nolf consiguió forzar la cerradura con una habilidad que nunca hubiera pensado que su amigo tuviera. Se acercó y los dos miraron con ansias el contenido.

—Son monedas —dijo sorprendido.

—De plata —dijo a su vez Nolf tras inspeccionar una.

—¡Veinticinco! —exclamó Aed después de contarlas varias veces.

Era asombroso, nunca había visto tanto dinero junto y por la cara que estaba poniendo Nolf, su amigo tampoco habría visto tantas monedas.

En su trabajo le daban dos monedas de cobre al día, con lo que como mucho se podían permitir una cerveza en El Gusano Tenebroso. Así que una sola de aquellas monedas equivalía a cincuenta jornales.

Y tenían veinticinco.

—Esto lo tenemos que celebrar, Aed. Con estas monedas podemos viajar a Mewan y hacernos allí ricos, cinco de plata para cada uno... Incluso podemos comprar alguna parcela...

—Esto no lo puede saber mi padre —dijo Aed de repente—. Si se entera me quitará el dinero...

—No te preocupes lo llevaremos en secreto —le prometió Nolf.

No tuvieron que esperar mucho tiempo hasta que vieron llegar a Juhal acompañado por Elouarn y Konag. Cuando les enseñaron las monedas, estalló la algarabía en ellos.

Decidieron ir a vender la túnica y el cofre, Juhal se guardó el bastón como recuerdo y los pergaminos y el libro se lo dejaron a Aed. Después irían a hablar con Mortan (su capataz) para decirle que no irían a recoger patatas al día siguiente, porque en lo que estuvieron de acuerdo todos era en que tenían que celebrar el hallazgo.

El tendero les dio diez monedas de cobre por el cofre y por la túnica, más de lo que ellos habían pensado recaudar. Iban a ir a la posada Villa Lantar, donde servían mejor vino y cerveza.

Sólo había dos tabernas en el pueblo, la de Villa Lantar tenía mejores bebidas, pero también era más cara que El Gusano Tenebroso, así que para no levantar sospechas y pese a la primera negativa de Aed decidieron ir a la segunda.

Alquilaron una de las habitaciones, pidieron cinco jarras de cerveza y dos botellas de vino, todo por una moneda de plata que pagó Konag para celebrar su futura petición de mano. Estuvieron toda la noche bebiendo, riendo y contando anécdotas sobre cada uno de ellos.

Cuando se terminaron las botellas de vino, Nolf invitó a otra ronda para celebrar el hallazgo, continuaron bebiendo y disfrutando de sus historias toda la noche. Acabaron borrachos, aunque ninguno de ellos juraría al día siguiente que lo habían estado. Había amanecido y el Ciego, el dueño de la taberna, apareció para ofrecerles más bebidas.

## EL SEÑOR DE LOS SALVAJES

—¡Vete de aquí! Hemos alquilado esta habitación hasta el amanecer... hip... y creo que... —Cuando Elouarn vio que el sol ya había salido miró hacia el suelo y no dijo nada más.

—Si no vais a pagar más, ¡largo de aquí! Tengo que limpiar lo que habéis ensuciado —dijo el tabernero mostrando su mal humor habitual antes de dar una patada a Elouarn.

—¡Eh, no toque a mi amigo! —Fue Konag el primero en reaccionar.

Antes de que él pudiera hacer nada, Konag ya le había pegado un puñetazo al tabernero y lo había dejado caer al suelo. Entraron varios clientes y los echaron por la fuerza de El Gusano Tenebroso.

Tambaleándose y tras rechazar la oferta de sus amigos de ir a Villa Lantar, Aed, se fue a su casa. Tuvo que llamar a la puerta, no daba ni siquiera con el pomo, escuchó pasos acercarse y antes de que le abrieran le dio un mareo y comenzó a vomitar.

No recordó mucho de la noche anterior al levantarse ni las conversaciones con sus amigos ni cómo llegó a su casa ni siquiera cómo se había metido en su cama. Al moverse un poco, el dolor de cabeza y un mareo le obligaron a volver a dormirse. Por lo menos recordaba que no tenía que ir a trabajar y que tenía cinco monedas de plata en sus bolsillos.

Cuando volvió a despertar ya era de noche, se sentó y bebió agua de una jarra que habían puesto a su lado, seguro que fue su madre. Le tendría que dar explicaciones.

Con un dolor de cabeza insoportable fue hasta el salón, donde su madre estaba cosiendo a la luz de las velas. Lo miró con dureza, nunca antes lo había mirado de esa forma. Esperó a que le dijera algo, pero no lo hizo, así tendría que disculparse antes de saber por qué estaba enfadada, aunque lo suponía.

—Lo siento, mamá. No debería haber bebido tanto.

Su madre no le respondió, pero lo siguió mirando muy molesta.

—Sé que no esperabas esto de mí, pero es que ayer teníamos muchas cosas que celebrar... —Se calló, porque no recordaba haber visto el libro ni los pergaminos. “Mierda, los tiene que tener el Ciego”, pensó.

—Sé lo que hiciste anoche. Tu padre lo hace casi todos los días, pero pensé que tú eras diferente. Veo que vas a ser como él.

—No, mamá, te prometo que no me volverá a pasar, además, tengo dinero suficiente como para que no tengas que coser más sin luz. —Le dio la espalda a su madre para ir a su habitación y enseñarle las cinco monedas de plata.

—Si vas a buscar el dinero, olvídalo, tu padre lo ha cogido —interrumpió su madre—. No sé de dónde lo sacaste, pero ahora se lo estará gastando, volverá peor que tú.

Aed se dejó caer al suelo, derrotado, no había sido capaz de ocultarle a su padre el dinero y ahora lo había perdido para siempre. Tendría que ir al día siguiente a trabajar de nuevo.

—No es culpa tuya. Vamos, dime cómo conseguiste tanto dinero. —Su madre se acercó y lo abrazó.

Le contó toda la historia que recordaba, desde que quedó con Nolf hasta las últimas imágenes que recordaba de la taberna. Después de escucharle, su madre le hizo una sopa y ambos esperaron a que su padre regresara. Ella quería darle a Aed lo que le hubiera sobrado para tener ahorros para cuando se casara, él se conformaba con que no le pegara por ocultarle las monedas.

Se tuvieron que acostar antes de que llegara, pero su padre se encargó de despertarlos cuando lo hizo. Primero a su madre, que entró junto con su padre en su habitación. Visiblemente ebrio y apestando a alcohol le retiró las mantas y le dio una bofetada en la mejilla.

—¿De dónde sacaste tanto dinero? No me creo lo que me ha dicho tu madre. El tendero me ha dicho que le vendisteis ropa. ¿No estarás vendiendo mis cosas?

No respondió, algo que su padre se tomó muy mal. Lo agarró del cuello y lo empujó contra la pared. Aed se pudo mantener en pie, pero su padre le dio una patada y cayó al suelo dolorido.

—¿No me hablas?

—¡Déjalo! —Su madre se interpuso entre los dos y recibió un puñetazo en la cara y un empujón.

La rabia lo invadió. Su madre lo intentaba defender siempre y por su culpa siempre recibía una paliza.

Se levantó y se encaró con su progenitor.

—No la toques —dijo mirando fijamente a su padre.

—¿Quién te crees que soy? Soy tu padre y su marido. Me pertenecéis y puedo hacer con vosotros lo que yo quiera.

Aed hizo entonces lo que había deseado hacer ya mucho tiempo atrás. Le dio un puñetazo en la boca. Su padre tardó en reaccionar, se tocó el labio y luego miró la sangre que le había provocado su propio hijo. Sonrió y Aed pudo ver una mirada asesina que nunca antes le había visto.

Sin mediar más palabras, le devolvió el puñetazo, provocando que Aed cayera de nuevo al suelo. Luego se puso a darle patadas en la cara y en el abdomen.

Su madre intentó detenerlo, pero recibió otro empujón que la lanzó hacia atrás.

Él ya no podía hacer nada, se hizo un ovillo en el suelo para intentar protegerse de los golpes de su padre y aunque al principio fue consciente de cada uno de ellos y de los lugares en los que era golpeado, no tardó mucho tiempo en desmayarse.

Despertó en su cama, dolorido, con sabor a sangre en la boca y sin poder abrir el ojo izquierdo. Su madre estaba a los pies de la cama, tenía moretones en la mejilla y el brazo derecho en cabestrillo.

Aed se intentó incorporar, pero le estalló un dolor en el costado y tuvo que echarse de nuevo.

—No te muevas, tienes que recuperarte.

—Tengo que ir a trabajar, sino me echarán —dijo él con mucho esfuerzo.

## EL SEÑOR DE LOS SALVAJES

—No debiste pegar a tu padre. Hoy se ha disculpado, me ha dicho que se pasó, pero que deberías haberle contado la verdad. Esta mañana me ha prometido que con el dinero que le sobró nos comprará gallinas para que podamos ganar algo de dinero vendiendo huevos. A ti te va a regalar un tintero, una pluma y papeles para que puedas seguir aprendiendo a leer y a escribir. —Se detuvo al ver que él no respondía—. No es tan malo, sólo que cuando bebe no es él...

—Se lo gastará todo en cerveza y vino. No hará nada de lo que ha dicho — le contestó por fin.

Cogió fuerzas para levantarse, recordando con rabia la paliza que había recibido. Su madre no le habló más, le preparó un trozo de pan y un tarro con caldo de pollo y lo dejó marcharse.

Llegó tarde al trabajo. Por el camino no paró de toser, con cada sacudida, el dolor aumentaba haciendo el camino todo un suplicio. Todos sus amigos ya estaban sacando patatas. Cuando lo vio el capataz, se acercó para echarle una bronca, pero al verlo de cerca, la expresión de la cara de Mortan cambió.

—¿Puedes trabajar? —le preguntó.

—Sí —contestó él, reprimiendo un quejido y la tos.

No le dijo nada más.

Aed soltó sus cosas con las del resto junto a una sombra y se incorporó al trabajo.

—Estoy bien, no os preocupéis, ya me haréis preguntas en el descanso — les dijo al verlos para evitar un interrogatorio al que no quería someterse.

Cuando no había recogido ni cinco patatas, tuvo que arrodillarse, comenzó a toser y a escupir sangre. Sus amigos lo llevaron a la sombra y Mortan los mandó de nuevo a trabajar a todos menos a él.

—Hoy cobrarás la mitad del sueldo, pero como condición no trabajarás y después del descanso tendrás que ir a ver a Turk. En cuanto te recuperes quiero verte trabajar el doble de lo que lo hacías, ¿me entiendes?

Iba a protestar, pero la cara de Mortan sugería que lo mejor era asentir. No le gustaba la idea de visitar a Turk, el barbero del pueblo y el encargado de curar a los pacientes más enfermos. Por norma general, el que lo visitaba más de una vez en poco tiempo moría antes de pasar dos meses desde el primer examen.

Permaneció sentado hasta la hora del descanso, no podría evitar las preguntas de sus amigos cuando éstos se sentaran a comer.

—¿Ha sido tu padre? —le preguntó Konag.

Aed asintió. Antes de que los demás preguntaran les explicó lo que había pasado.

—Descubrió el dinero, me lo quitó y se pasó bebiendo todo el día. Por la noche llegó borracho y me dio una paliza por ocultárselo. Eso es todo. No quiero hablar más del tema, así que, por favor, habládmelo de otra cosa —les pidió.

—Deberían matarlo.

—Calla, Konag, es su padre, si no tiene ganas de hablar ya lo hará otro día —calmó Nolf.

—Después de que vayas a ver a Turk podrás leer tu libro y descansar, es lo que mejor necesitas —le dijo Juhal.

—Lo perdí, bebí tanto que ni me acuerdo de dónde lo...

Juhal le dio un paquete envuelto en un trapo. Aed descubrió el libro y los pergaminos en el interior.

—Fue una noche increíble, pero con muy mala resaca —comenzó a explicar Elouarn—. No sabéis beber y creo que ése fue el problema. Tú te olvidaste el libro y los pergaminos en El Gusano Tenebroso y Juhal y Nolf perdieron parte del dinero. Los únicos que no nos dejamos nada fuimos Konag y yo.

—De las cinco monedas me vi con tres cuando me levanté por la mañana —explicó Juhal—. Las había descubierto mi madre. Cuando me dijo que sólo tenía tres, fui corriendo a casa de Nolf para ver si había pagado algo de más... No me miréis así, no me acordaba de nada. Nolf me dijo que no, que los únicos que habían pagado eran él y Konag, pero que él también había perdido dos monedas, que ahora sólo le quedaban dos.

>>Así que fuimos a El Gusano y le preguntamos al Ciego si había encontrado algo que nos hubiéramos dejado la noche anterior. Tenía el pómulo hinchado y los dos creemos que Konag le dejó caer un diente, pero lejos de enfadarse, nos dijo que sí, subió a la habitación y nos dio el libro y los pergaminos, pero nada de las monedas. Intentamos sonsacarle algo para que nos las devolviera, porque al ver el libro, los dos sabíamos que las perdimos allí, pero el Ciego nos echó con buenas palabras de su taberna.

—Seguro que se las quedó como pago por el puñetazo de Konag y los desperfectos en la habitación —interrumpió Nolf.

—¿Por un diente y una mesa rota tres monedas de plata? —Aed no se acordaba de haber roto nada, pero recordando como recordaba la noche de la juerga, mejor no preguntaría—. Le debería haber dado otro puñetazo. Y a vosotros os devolveré poco a poco el dinero en cuanto me haya casado y comience a trabajar para Olier.

—No hace falta, Konag, somos tan responsables de lo que pasó esa noche como tú —dijo Juhal apoyado por Nolf.

—¡Se acabó el descanso, todos a trabajar! —interrumpió, gritando Mortan.

—Recupérate Aed. Mañana nos vemos —se despidió Konag.

—Puedes pasarte por casa de Galle y decirle que te cuide mientras leéis el libro —le sugirió Juhal.

—Y por el dinero no te preocupes, cuando te recuperes volveremos a aquel escondrijo y seguiremos encontrando más tesoros —dijo Nolf.

Cuando comenzaron a trabajar, envolvió el libro y los pergaminos y se fue en dirección a la casa de Turk.

El barbero le dijo que sus lesiones no eran importantes. Posiblemente, tendría un par de costillas rotas, pero con reposos y sin esfuerzo físico no tardaría en recuperarse. Obvió preguntarle quién y cómo le había hecho eso, así

## EL SEÑOR DE LOS SALVAJES

que se sintió más cómodo. Le dio un ungüento para las heridas superficiales y le cobró una moneda de cobre.

Aed decidió decirles a sus padres que le había pagado el doble, para que no supieran que no había trabajado ese día.

Camino de regreso a su casa pensó en las palabras de Juhal y decidió que como todavía era temprano, quizás era buena idea ir a leer con Gaele y su madre.

Llamó a la puerta dos veces, comprobó que los nudillos de su mando derecha también le dolían, aunque creía que era por culpa del puñetazo que le propinó a su padre y no por ninguna patada recibida de éste.

Abrió Gaele. Morena, de pelo largo y rizado, siempre le ofrecía su mejor sonrisa, mostrando sus dientes blancos, que hacía que le salieran dos hoyuelos en las mejillas. Era un poco más baja que él y ya tenía formas de mujer, aunque siempre vestía intentando ocultarlas.

—¿Qué te ha pasado Aed? —le preguntó nada más verlo.

—Una pelea en El Gusano Tenebroso, nada importante. —Prefirió no contarle la verdad—. He venido a... —“¿A qué había ido?”, pensó, su madre no daba clases por la mañana y él debería estar trabajando y no allí para cortejarla. Se inventó algo que podría desviar la atención de la chica y parecer mejor partido—. He venido a darte un regalo, ¿me dejas pasar?

Gaele sonrió de nuevo ante la nueva perspectiva y lo dejó entrar.

—¿Está tu madre?

—No, ¿no puede ver lo que me vas a regalar?

—Oh, no, no es eso, es que... Toma. —Se había puesto muy nervioso de repente.

Ella desenvolvió el libro y lo observó con detenimiento.

—Un libro. —Aed no supo distinguir si lo había dicho con asombro o con decepción—. Es muy antiguo.

—Sí, lo encontré en el viejo castillo. Es para que lo leamos juntos.

—Diario de Arjón Tamerlán. Viene escrito en la lengua antigua. Me encantará compartirlo contigo.





## EL CONSEJO

Era un dios y como tal se enorgullecía de la capacidad de reacción de la gente común. Desde el acceso al castillo real de Ostaloc, observaba a aquellas personas que habían puesto su vida en manos de unos gobernantes por los que habían luchado en una guerra que habían perdido y ahora estaban trabajando para los vencedores con el mismo ahínco que lo habían hecho años antes para la familia Trevorian. En el fondo, Urok, entendía que trabajasen tan duro para levantar de nuevo un castillo que la mayoría no llegaría a ver por dentro ni a habitar en su vida, porque en realidad no trabajaban para el gobernante de turno, sino para ellos mismos, para mantener su seguridad, la de su ciudad y sobre todo la de sus familias.

Habían pasado dos meses desde que llegaron con su ejército a la capital de El Yermo, el otoño enviaba con frecuencia tormentas que retrasaban los trabajos de reconstrucción de la muralla principal y del castillo, provocando que el nuevo ejército perdiera días de entrenamiento. Se tenían que preparar para cuando la paz se terminara, pero lo que más preocupación le generaba a él y a los demás miembros del Consejo no era el clima ni la formación y preparación de un mayor ejército, sino el dinero.

No fue hasta pasados unos días desde que el rey Tanios abandonara el puerto de Ostaloc cuando averiguaron que el castillo había sido expoliado de todas sus riquezas y el Palacio de la Moneda (un edificio cerca del castillo donde se guardaba el dinero que la corona iba gastando en servicios como el ejército, recaudadores reales, en arreglar caminos y edificios y en otros menesteres) había sido vaciado. Así, en la primera reunión del Consejo, el único problema a debatir fue cómo conseguir el oro suficiente para pagar el salario al nuevo ejército y pagar los jornales a los trabajadores que desde un principio habían ayudado en la reconstrucción de la ciudad.

Podían usar el oro de la orden, pero muchos temían que fuera insuficiente, porque no sólo tenían que hacer frente a esos gastos, además de reconstruir la capital de El Yermo, tenían que reparar el castillo de Castañar y la fortaleza de la Orden de la Roca, construir una nueva flota de buques, equipar al ejército, comprar el grano para los cultivos que dependían del gobierno y otros gastos

más superfluos pero igual de importantes para que el pueblo no sufriera demasiado en la post-revolución.

La solución más factible la dio Antenor. Reunir a todo noble, ciudadano, propietario, o en general, a cualquier persona con suficiente dinero como para prestar una parte al nuevo gobierno y ofrecerle a cambio beneficios que pudieran permitir la recepción de créditos hasta que de nuevo la recaudación de impuestos (los cuales habían sido bajados nada más llegar ellos al poder) fuera suficiente como para sufragar los gastos del Nuevo Imperio, como algunos ya llamaban a El Yermo.

Las primeras reuniones no fueron un problema. La mayoría aceptaba dejar una cantidad de oro al Consejo a cambio de que le fuera devuelta después de unos meses con pequeños intereses o de favores extraoficiales, que iban desde que el Consejo intercediera en la petición de mano de alguna joven, a permisos para realizar excavaciones o por ayuda para cualquier labor como la construcción de un barco, la de un pequeño puerto fluvial para alguna ciudad o la ampliación del foso de algún castillo. Gran parte de las solicitudes eran aceptadas a la primera, otras, sin embargo, había que discutir las más a fondo si no se pedía demasiado al Consejo.

Había que tener en cuenta que la gran mayoría de las personas con dinero suficiente para poder hacer préstamos al Consejo eran los que se habían mantenido al margen en la revolución y no habían tomado partido por ninguno de los dos bandos, así que había que tener cuidado con las concesiones que otorgaban. Todavía recordaba las palabras que el sacerdote le dijo hacía ya mucho tiempo en un pueblo sobre los hombres adinerados.

“Los hombres con dinero ambicionan poder y los que tienen poder ambicionan más dinero”, así que era lo único que podían ofrecer, poder o dinero. Sabiendo de la necesidad de financiación, para la reunión más importante hasta ahora sabía qué ofrecer, más poder del que ninguno de los asistentes tuviera.

Urok se dirigió al templo de El Único, donde habían decidido celebrar todas las reuniones a la espera de que el castillo fuera reconstruido. Había sido idea de Delfo, para así demostrar que la libertad religiosa instaurada por los Trevorian seguía siendo una realidad y de paso acallar ciertas voces discordantes que sugerían que tras la revolución se escondía una guerra por la supremacía de una nueva religión, la de los Yiades.

Su amigo seguía pendiente de su boda. La había tenido que aplazar por falta de tiempo y en esos momentos era imposible organizar ninguna fiesta de la envergadura de la que todos sus amigos querían prepararle. Eso sin contar que tanto él como Clófe eran miembros indispensables para la reconstrucción de la capital, impidiendo que se pudieran tomar un descanso.

Kasib y Adham eran los encargados de preparar al ejército. Pese a la falta de oro para pagar las nóminas, muchos voluntarios acudían constantemente a los puestos de reclutamiento, donde soldados de confianza que habían luchado en la guerra entrevistaban a los aspirantes, muchos de los cuales creían los

## EL SEÑOR DE LOS SALVAJES

rumores de las tabernas que decían que los nuevos gobernantes iban a ir tras Tanios para anexionar nuevas tierras a El Yermo.

Mansón era el instructor de la guardia de la ciudad, no había tantos voluntarios que quisieran entrar al servicio de la guardia, ya que los puestos defensivos se pagaban peor y muchos serían desplazados a otros castillos de otras ciudades lejos de la capital para defender otras zonas de El Yermo. Balvo y Cancio habían dejado las armas para actuar como constructores y dirigir la reconstrucción de las murallas. Éstas no habían quedado muy dañadas después de la última batalla, pero también tenían la labor de reparar la zona del castillo y del puerto que también había sido dañado por los esbirros de Velaro. Zenón había partido junto con Zirfa el Pequeño para patrullar los caminos y evitar el pillaje por parte de los bandidos que habían aflorado por todo El Yermo. El Consejo había decidido que en cuanto contaran con suficientes fondos crearían una orden militar que se encargaría de proteger a todos los ciudadanos honrados dentro y fuera de las ciudades, pero hasta ese momento, las labores de protección tendrían que recaer sobre el ejército y colaboradores como Zirfa.

Del resto, Delfo, Isaura, Cléofe, Antenor y él eran los encargados de que las reuniones del Consejo fueran a buen puerto. Habían intentado llevar a Ostaloc a Hilarión y a Tubal, pero sus amigos declinaron la oferta por estar ultimando su recuperación en la Isla además de haber comenzado a reconstruir la fortaleza de la Orden de la Roca.

—Les podríamos ofrecer un reloj para sus castillos y unos catalejos para sus hombres. Creo que puede ser una buena idea para que nos presten bastante dinero como para que podamos pagar varios meses de salarios —estaba diciendo Antenor a sus amigos cuando Urok llegó a la reunión.

—No creo que por eso nos den mucho. El problema es que no les podemos ofrecer tierras porque la mayoría que estaban libres ya las hemos repartido y las que quedan no les interesa. Yo había pensado en dejarles tener sus propios ejércitos...

—No podemos hacer eso —interrumpió Isaura a Delfo—. Conozco a la nobleza demasiado bien y puede que no dudan en revelarse contra nosotros si Tanios o Eustad les prometen algo mejor que nosotros.

—Veo que hemos hecho bien en convocar este consejo para discutir lo que le diremos a nuestros invitados para convencerlos de que nos presten su oro —dijo a modo de saludo Urok.

La plaza, a la que habían acudido hacía algún tiempo sus amigos en busca de la protección del virrey Liuva, estaba todavía desierta a esas horas. Los trabajadores encargados de levantar el nuevo castillo y reparar los edificios circundantes no tardarían en llegar y tras ellos acudirían los representantes de la nobleza de todo El Yermo.

Se habían alojado una semana antes en las tabernas y posadas del barrio rico de la ciudad. Algunos habían intentado descansar en las proximidades de la plaza, pero el Consejo se había negado a cederles las camas que estaban reservadas a los trabajadores. A muchos de los que habían aceptado la

invitación del Consejo no les gustó la medida, aunque ellos no estaban preocupados por causar el enfado entre los nobles.

—Todos se presentarán —les dijo Isaura—. Ninguna familia querrá perderse una reunión en la que podrían salir con algún beneficio. Ahora estarán todos intranquilos, deseando saber más sobre nosotros.

Ninguno de ellos le contestó. Isaura había vivido toda su vida rodeada de la nobleza de Costa Dorada y sabían que ella era la más indicada para aconsejar algún pacto con el que asegurar los préstamos necesarios.

Entraron en el templo, los recibió el sacerdote que se ocupaba de mantenerlo limpio y aceptable para el rezo, además de dar los sermones todas las semanas en el altar bajo una escultura que representaba al único dios verdadero (para los seguidores de esa religión) como un hombre mayor de larga barba bendiciendo, con sus brazos extendidos, a sus feligreses.

El sacerdote los miró con recelo (ya sabían de su animadversión hacia la nueva vertiente de los Yiades), pero no les dijo nada, continuó limpiando los cuadros que colgados en las paredes representaban hitos de su religión.

Al ver que no los dejaba solos, Cléofe se acercó a él y le dijo algo en voz baja. El sacerdote la miró de arriba abajo y luego, con la cara contraída por la furia, abandonó sus labores retirándose a las dependencias interiores.

—¿Qué le has dicho Cléofe? Hemos de respetarlo, estamos en su casa —preguntó Antenor.

—Sólo le he dicho que teníamos que estar a solas —respondió Cléofe, sonriendo de tal forma que daba a entender que le había dicho unas palabras muy distintas al sacerdote.

Tras una pequeña muestra de desaprobación por parte de Isaura y de Antenor, todos se sentaron alrededor de una mesa dispuesta para tales ocasiones. No era muy ostentosa, una simple mesa cuadrada tras la que se sentaban los cinco representantes del Consejo. Encima de ella un gran mapa de El Yermo ocupaba casi por completo su superficie.

—¿Cuánto dinero necesitamos exactamente para continuar la reconstrucción de las ciudades derruidas durante la guerra? —preguntó Urok cuando todos se sentaron.

—Mucho, demasiado. Creo que lo primero que debemos decidir son nuestras prioridades...

—Sólo dime una cantidad, Antenor —exigió a su amigo.

—Si queremos reconstruir Castañar, Ostaloc, la fortaleza de la Orden de la Roca, repoblar los bosques talados, construir una nueva flota de barcos, pagar los salarios del ejército, de la guardia... y en fin, pagar todos los gastos del Estado, necesitaríamos que todos nuestros invitados aportaran un tercio de sus riquezas. Después de eso tendríamos que subir los impuestos de nuevo y buscar otras fuentes de ingresos que nos permitieran devolver el dinero —respondió Antenor.

—Un tercio de las riquezas... es demasiado. Isaura, ¿crees que aceptarán prestarnos ese dinero? —preguntó sorprendida Cléofe.

## EL SEÑOR DE LOS SALVAJES

—Es mucho, no creo ni que nos dejen lo suficiente para la reconstrucción de las ciudades. Todo lo que querrán es que el dinero que nos dejen se invierta en algo que les beneficie a ellos directamente.

—¿Y si invitamos a venir a los comerciantes, artesanos y a los agricultores? Se supone que vamos a hacer que ellos tengan el poder de elegir al Consejo. Vamos a hacer más seguro El Yermo, quizás quieran aportar...

—Los hemos invitado, Urok —interrumpió Isaura—. No sólo hemos enviado invitaciones a los nobles, sino que además, vendrán comerciantes, artesanos y representantes de todos los estamentos de nuestra sociedad, incluso acudirán sacerdotes de todas las religiones. Todos quieren conocer a quien los gobierna y todos esperan sacar algo de provecho de nosotros.

—Quizás sería buena idea que tuviéramos prioridades. Y también deberíamos discutir lo que podemos ofrecer —comentó Delfo.

—Creo que lo imprescindible es el ejército y la reconstrucción de la ciudad —replicó Urok—. El resto podemos capearlo hasta que obtengamos más recursos. No podemos olvidar la amenaza del rey Tanios. No sabemos si respetará la paz y tampoco deberíamos confiar en que Eustad no quiera entrometerse —dijo Urok.

—Estoy de acuerdo, pero tal vez deberíamos centrar nuestros esfuerzos en pensar las formas en las que se puedan beneficiar nuestros prestamistas. Tenemos que hacer que quieran darnos su oro, que compitan por dárnoslo —dijo Isaura.

—¿Y eso como lo conseguimos? —preguntó Cléofe.

—Estudiamos economía en el Bosque Aullante —se adelantó a decir Antenor—. Todo préstamo implica directamente unos intereses. No podemos prometer un interés muy alto, porque eso sólo nos ataría demasiado y tendríamos que devolver el dinero en un plazo demasiado largo. Así que propongo que les prometamos devolverles el dinero en cinco años con unos intereses de a lo sumo un diez por ciento.

—No creo que con eso consigamos todo lo que queremos. Quizás los mercaderes lo vean como una inversión, pero no todos lo verán así. Muchos querrán beneficiarse de las penurias del pueblo y otros simplemente preferirán mantener sus riquezas guardadas —replicó Isaura.

—Arrendemos las tierras que ahora son del Consejo —dijo Balvo desde una esquina de la mesa—. Muchas están sin cultivar y si se ocupan de ellas, todavía podemos conseguir paliar la falta de cereal por culpa de las cosechas perdidas en la guerra. También podemos dejar a todos los que aporten oro que cacen en los bosques que antes se reservaban a los Trevorian o que puedan talar parte de ellos, siempre con control.

—Puede ser buena idea, pero un tercio de su fortuna sigue siendo demasiado. Tal vez si levantáramos la prohibición de las cantidades que pueden ser extraídas de las minas, o liberar los precios del ganado y de los cereales...

Isaura habló con poca convicción, lo que llevó a sus compañeros a desanimarse.

—Si eso no funciona, tendremos que ofrecer asientos en el Consejo.

—No puedes decirlo en serio, Urok, ¿pretendes vender los puestos del Consejo? —se quejó Antenor.

—No sería vender. El Consejo, como acordamos en su momento, era provisional, y si te fijas bien ahora mismo está desatendido. Mansón, Kasib, Adham y Zenón están ocupados preparando al ejército y a la guardia; Hilarión, Tubal y Oveco todavía no han venido, pues están ocupados en la Fortaleza de la Orden y el conde de Cuevas ni se ha dignado a aparecer en las reuniones, ocupado en sacar rendimiento de las tierras que le cedimos. De los doce representantes que decidimos al principio, sólo nosotros cinco y Balvo estamos dedicando algún tiempo a las decisiones del Consejo y eso suponiendo que aceptáramos a Cléofe y a Antenor como miembros permanentes hasta la elección del pueblo.

>>Evidentemente, habría que someterlo a votación, pero creo que no sería descabellado invitar a cinco nobles o comerciantes a unirse al Consejo. Seguiríamos siendo mayoría y así podríamos conocer la opinión de quien tiene el mayor potencial económico de El Yermo.

—Cada vez eres menos dios y más político, Urok. Algún día querrás presentarte como simple mortal para recuperar el puesto del Consejo —bromeó Delfo.

—Ni lo sueñes, tengo una religión que proteger y una Orden que formar, no puedo...

—Supongo que podemos pasar ya. Hemos formado una cola, pero creo que aquí dentro cabemos todos —interrumpió un anciano vestido con ropas de seda desde la puerta.

Urok se lo iba a prohibir, pero fue inútil, pues el anciano abrió las puertas y las personas que estaban esperando fuera del templo entraron sin esperar ningún tipo de permiso.

—Tendremos que deliberar después de escuchar lo que nos tengan que decir ellos —dijo Antenor mientras esperaban a que todos estuvieran sentados.

—Tengo entendido que necesitáis nuestro oro —comenzó a decir un noble acaudalado de Costa Dorada antes incluso de que todos tomaran asiento—. Mi familia siempre fue fiel a los Trevorian y el rey nunca nos pidió más que los impuestos, que por otra parte eran justos...

—Los Trevorian ya no reinan en El Yermo. El dios Blanco los expulsó y nos dio la libertad —interrumpió el jefe del gremio de mercaderes de Arbina.

—Además, el consejo ha bajado los impuestos...

—Pues entonces dejadle vos todo el oro que nos pidan y así el resto podremos seguir con nuestra vida —gritó uno de los hombres con más tierras de Las Cunas.

Las discusiones continuaron entre unos y otros, recriminándose quién apoyaba a qué rey y quién aportaría dinero o especias a la causa del Nuevo Imperio. Urok los observó detenidamente, estaban ante un pulso de poder con el que cada uno de los asistentes intentaba demostrar quién era más importante, pero a la vez aclarando que ellos estaban ahí, apoyando al Consejo, pero perfectamente podían cambiar de bando y mover las aguas a contracorriente si no se les tenía en cuenta.

## EL SEÑOR DE LOS SALVAJES

—¡Silencio! —tuvo que acallar el albino. Estaba harto de la discusión de unas personas en las que se veía con claridad que no se podía confiar plenamente, pero en los que tenían que depositar la viabilidad y las esperanzas del nuevo gobierno de El Yermo.

Cuando todos los presentes en la sala le prestaron atención, continuó y les explicó para qué los habían convocado.

—Ya nos habéis demostrado que nos apoyáis, algunos en mayor medida que otros —comenzó diciendo levantándose de la silla—. Es normal que estéis inseguros después de la guerra, pero si realmente queréis formar parte de este nuevo imperio, como lo habéis llamado algunos, tendréis que colaborar en la medida que podáis. Hoy os hemos reunido para pedir os vuestro apoyo. Como sabéis hemos firmado una tregua con el rey Tanios, pero no podemos confiar en que la respete durante mucho tiempo. Miramos el devenir de la guerra entre Deancar y Borvantú con mucho interés, siendo conscientes de que en el momento que uno de los dos gane, puede que vuelva sus ojos hacia nosotros y quiera conquistarnos. Por eso, necesitamos que El Yermo esté unido y que todos vosotros colaboréis con el Consejo.

>>Mi compañero, Antenor, responsable de las finanzas, os hablará de cuáles son nuestras prioridades.

Su amigo se levantó, parecía nervioso, el silencio tras la presentación desapareció debido a los murmullos provocados por algunos mercaderes que se habían sentado en las últimas filas. Cuando Antenor comenzó a hablar, todos escucharon con atención.

—Todos conocéis las penurias por las que ha pasado nuestro pueblo tras esta guerra, sabéis de la falta de oro que tenemos en el Consejo debido a que los Trevorian se llevaron todas las riquezas del palacio, dejando nuestras arcas vacías. No daré ningún rodeo, necesitamos que nos dejéis vuestro oro para que no sucumbamos y podamos forjar un nuevo gobierno estable.

>>La prioridad del Consejo debe ser la reconstrucción de El Yermo, que sus ciudades vuelvan a ser habitables y seguras, pero tampoco podemos desatender a nuestro ejército, tenemos que tener nuestras fuerzas preparadas ante un posible contrataque de Tanios o Eustad. Después de eso debemos hacernos con una flota de barcos para evitar ataques marítimos, repoblar nuestros bosques, aumentar nuestra inversión en agricultura y ganadería para...

—¿Y eso cuánto nos costará? Y lo más importante, ¿qué sacamos nosotros si os dejamos el dinero? —interrumpió el mismo noble que comenzó a hablar en cuanto entró.

—Un tercio de vuestras fortunas —contestó Antenor.

No se hicieron esperar las protestas. Todos los asistentes clamaron ante la cantidad que se les pedía, muchos se levantaron y se encaminaron a la salida. Tuvo que ser Urok el que los calmara de nuevo.

—¿Es que os asusta apoyar al Consejo? ¿Os vais a ir sin saber lo que os ofrecemos por vuestra ayuda? Esa ayuda que me disteis a mí y a todos nosotros cuando nos revelamos contra las mentiras de los Trevorian. El Yermo os necesita y estad seguros que viviréis mucho mejor que cuando os gobernaba un rey.

>>Yo soy un dios y podría abandonar mi puesto, a la gente que me ha seguido hasta aquí, pero no me lo planteo. Hemos luchado por la libertad del pueblo, vosotros incluidos y ahora sólo os pedimos que escuchéis lo que os ofrecemos.

—Claro que os apoyamos, pero no podemos tirar nuestro oro sin garantías —comenzó diciendo el mismo noble que había protestado anteriormente—. Imaginaos que Tanios y Eustad se alían contra nosotros. Imaginaos que perdiéramos esa guerra. No sólo perderíamos el oro que os prestásemos, sino que nosotros seríamos los primeros en pasar por la horca. Nos estamos jugando algo más que nuestras riquezas.

Se oyeron voces de apoyo a favor de las palabras del noble entre el público reunido.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó Urok.

—Soy Baud de Crisla y la mayoría de aquí me conoce a mí y a mi familia por poseer la mayor mina de oro de Costa Dorada.

—Tú, que dices ser uno de los que más se juega si apoyas al Consejo, no estuviste en ninguna de las batallas. Si no me equivoco, de los que habéis venido hoy, muy pocos sois los que luchasteis a mi lado. Creo que los que lucharon en la revolución se jugaron más que tú, se jugaron directamente sus vidas. ¿Por qué debemos permitir que alguien que se mantuvo a la espera nos haga exigencias? —preguntó Urok retando al noble con la mirada.

—No os he exigido nada. Sólo quiero tener seguridad en las inversiones que haga con mi oro. Y si no estuve luchando a vuestro lado, dios Blanco, es porque la familia Trevorian ha ido mermando las fuerzas de nuestros castillos desde la revuelta de Costa Dorada. Si hubiera contado con al menos cien hombres armados os hubiera apoyado.

—¡Mentirosos! —acusaron desde el fondo—. Tú no te atreverías a mover un dedo con tal de proteger tus posesiones.

—¿Cómo osas decir eso? Si te atreves dímelo fuera del templo, mi acero te demostrará que no estás en lo cierto —respondió el noble.

—No hemos venido aquí para pelear...

—Eso no lo decides tú, nadie debería manchar la honestidad de ninguno de nosotros...

—Démosles algo con lo que calmarlos y que les dé seguridad —le susurró Antenor al oído.

Urok pensó si leer las normas que habían estado discutiendo una semana atrás cuando todos los miembros del Consejo se reunieron por última vez. No se había decidido nada, pero podía haber algunas ofertas que le entusiasmaran a todos los que se habían reunido ante ellos.

—¡Silencio! Para los que desconfiáis de nosotros os traemos algunas propuestas que os pueden interesar. Dependiendo de vuestra lealtad podemos discutir su puesta en marcha.

>>Los Trevorian prohibieron a algunos el tener a sus órdenes a hombres armados —continuó Urok en cuanto se hizo el silencio en la sala—, a otros, sin embargo, les dejaron tener pequeños ejércitos. El Consejo limitará a cien



## EL SEÑOR DE LOS SALVAJES

los hombres armados para aquellos que dispongan de un castillo para su defensa, ya sean nobles o no. Cualquier otra persona podrá contratar a un máximo de diez hombres para su defensa.

En cuanto terminó de leer la primera propuesta, la mitad de los presentes prorrumpió en insultos contra el Consejo. Urok tuvo que ponerse en pie y hacer gestos para que cesara el ruido.

—No enojéis a un dios y dejad que termine de leer nuestras propuestas. Sé que a muchos os molesta, por eso mismo queremos discutir las con vosotros para implantar medidas que os beneficien.

—¿Qué medidas? Si nos quitáis a nuestros hombres, cualquier loco podría intentar arrebatar nos nuestros castillos, los bandidos...

—Los bandidos serán erradicados de El Yermo y para eso estamos creando un cuerpo militar para que haga justicia en todos los pueblos, ciudades y caminos. —Urok se forzó a tranquilizarse para continuar leyendo—. La segunda propuesta que os hacemos es la de que muchos de los aquí presentes se beneficien de las tierras que los Trevorian no cultivaban, así como que cualquiera que quiera cazar en los bosques privados del Consejo lo haga...

—Bandidos erradicados, cacería, cultivos... Ninguna de esas medidas nos beneficia. Queremos poder defendernos, librarnos del encorsetamiento del mercado del oro y la plata, tener más autonomía en las decisiones de nuestras regiones...

—No son vuestras. Un castillo no os hace propietarios de la tierra. El pueblo se merece más emolumentos por cultivar y por trabajar en las minas —interrumpió a Baud una mujer gorda desde el fondo.

Siguieron más protestas y acusaciones airadas entre varios de los asistentes. Se formaron cuatro grupos diferenciados, el de los nobles, comandados por Baud; el de los agricultores y ganaderos, dirigidos por la mujer; el de los mercaderes, sin nadie que llevara la batuta y el de los artesanos, también sin un representante claro.

Durante la discusión Urok le preguntó a Isaura los nombres de los que hablaban o más bien protestaban. Necesitaba saber más de aquel enemigo repentino.

—Estamos hartos de que nos quieran controlar. Cuando no es la nobleza es el Estado y cuando no la religión. Deberían prohibirlo todo y que todo el mundo tuviera que trabajar para ganarse un techo y no vivir como este sacerdote...

—Nosotros trabajamos para el pueblo, les indicamos el camino de la fe y le ofrecemos asilo espiritual —interrumpió el sacerdote visiblemente molesto.

—Lo único que hacéis es recoger limosna y vivir de nuestros impuestos —recriminó un noble.

—Calmaos, no estáis discutiendo en una carnicería —Urok se volvió a incorporar y esta vez no dejó que lo interrumpieran—. Por si no os habéis dado cuenta, estáis protestando ante un dios y en un templo que os ha abierto sus puertas. Lo primero que deberíais hacer es mostrar respeto hacia los que os han invitado. Y para todos, no sólo os hemos convocado para pedirnos que

financiéis este nuevo estado, sino que también queremos que colaboréis con propuestas.

>>Una posibilidad que el Consejo había estimado era que alguno de vosotros fuera miembro, al menos hasta las próximas elecciones. Eso es lo que os íbamos a ofrecer en última instancia a aquellos que colaborarais con más oro. Pero veo que es inútil, solo buscáis vuestro beneficio personal y no os importa la gente que ha peleado por esta libertad de la que ahora os estáis beneficiando.

>>Como tenemos muchos otros asuntos que atender, doy esta reunión por terminada. Os iremos llamando individualmente por si queréis hacer alguna aportación, pero eso será cuando el Consejo quiera.

Urok creía que así podrían recaudar más oro, si no se ponían de acuerdo y muchos de ellos estaban enfrentados, querían aportar más que sus rivales para obtener ciertas ayudas del nuevo Estado. De paso delegaría en Antenor que era más diplomático y él se podría encargar de otros asuntos menos engorrosos.

—Si me permitís, quisiera decir algo para apaciguar nuestros ánimos —dijo una mujer mayor. Aparentaba tener más de setenta años, el pelo que le quedaba en la cabeza era blanco y le colgaba desigual hasta los hombros, tenía varios pelos en la barba que le daban una extraña apariencia y su vestimenta harapienta terminaba por ofrecer una imagen de vieja mendiga.

Urok miró a Antenor y luego a Isaura, que le hizo un gesto afirmativo, como si conociera a aquella mujer.

—Adelante, será lo último que escuchemos hoy.

—Muchas gracias, dios Blanco —empezó la anciana en cuanto Urok le dio permiso—. Para los que no me conozcan, soy Estena de Delmira, mercader. Creo que hablo por la mayoría de mis compañeros y por muchos de los que nos hemos reunido hoy aquí, si digo que me preocupa mucho la situación actual de El Yermo. Para nosotros, los mercaderes, los caminos se han vuelto más peligrosos, nos es más difícil conseguir ciertas mercancías y a pesar de que gastamos más dinero, no podemos subir nuestros precios porque la gente no tiene con qué pagarnos.

>>Los agricultores —continuó señalando a la mujer que los había representado durante las discusiones—, se han quedado sin jornaleros que partieron a la guerra, se han quedado sin muchos campos que cultivar, sin grano con el que sembrar. Los ganaderos tienen menos tierras donde llevar a pastar al ganado, además, el pillaje se está extendiendo. Los artesanos ya no tienen acceso a útiles y materiales provenientes de Deancar o Borvantú y les cuesta encontrar materias primas con las que seguir trabajando. Los nobles viven aterrorizados en sus castillos y muchos son incapaces de ayudar a su pueblo. —Baud se levantó para reprocharle algo, pero Estena aumentó su tono de voz y lo miró con dureza, provocando que el noble se volviera a sentar—. Y tampoco nos podemos olvidar de los sacerdotes, de todas las religiones, pero centrándome en la que la mayoría procesamos, los templos del Único se han llenado de madres que han perdido a sus hijos en la guerra, de padres de familia que ahora son inválidos y no pueden alimentar, de jóvenes que han perdido

## EL SEÑOR DE LOS SALVAJES

toda su fe en la raza humana y por eso es de agradecer que nuestros sacerdotes no hayan huido despavoridos ante tal magnitud de problemas.

>>Con este cúmulo de circunstancias, y me queda poco para terminar, creo que el Consejo debería escuchar a todos aquellos que somos ahora sus súbditos, como algún día lo fuimos de la familia Trevorian. Y estoy segura que ello se hará mejor si en un futuro próximo se cuenta con todos los estamentos de nuestra sociedad y no sólo para reunirse, sino que formaran parte del Consejo como bien nos han asegurado hoy. Así pues, os dejo esta opción en la que creo, todos los aquí presentes estaríamos más que dispuestos a aportar nuestro oro a cambio de que se representara no sólo a los ciudadanos de a pie, sino a todo El Yermo.

La anciana tomó asiento de nuevo y todos se quedaron expectantes a las palabras que dijeran Urok o cualquier otro miembro del Consejo allí presente.

—Creo que sería una buena opción y deberíamos consultarla con los demás —le susurró Antenor.

Delfo, Isaura y Cléofe se mostraron de acuerdo con su amigo.

—Gracias por tus palabras de consenso, Estena. El Consejo se reunirá hoy, al completo, para tomar una decisión, pronto os llamaremos...

Urok se interrumpió al oír que aporreaban la puerta del templo. Un bullicio parecía haberse reunido a las puertas.

El sacerdote salió por una pequeña puerta para ver qué sucedía y en cuanto abrió, dos hombres entraron al templo y se pusieron a gritar.

—¿DÓNDE HAY MIEMBROS DEL CONSEJO? LOS HAN MATADO, NECESITAMOS AL EJÉRCITO.

En cuanto vieron a Urok y a los demás en el altar, se acercaron a toda prisa. Isaura se levantó y reculó al ver que había más campesinos que accedían al templo entre gritos. Antenor también se puso en guardia, tal vez lamentando el no haber portado armas para mostrar respeto en un lugar de oración.

La marabunta de gente desplazó a los que se habían reunido hasta el fondo del templo y se dirigió hacia ellos.

—¡LOS HAN MATADO, QUEREMOS VENGANZA! —seguían gritando.

—Tranquilizaos —ordenó Urok—. Contadnos qué es lo que ha pasado.

—QUE VAYA A LA PLAZA. QUE LO VEA CON SUS PROPIOS OJOS —gritaron desde la puerta.

Se levantó e indicó a sus compañeros que lo siguieran, quería ver qué había provocado tal alboroto.

Fue increíble el cambio de actitud de la gente, del griterío pasaron al silencio casi absoluto en cuanto vieron a Urok seguirlos. La mayoría lo miraba con miedo, otros incluso con adoración. No se terminaba de acostumbrar a esas reacciones, algo normal en alguien que ha sufrido durante su vida el desdén de la sociedad.

Donde en su día había fuentes que decoraban la plaza, ahora había materiales de construcción que yacían en el suelo junto con los restos del antiguo castillo calcinado. El gentío se había reunido allí, un lugar antes casi

prohibido para la gente corriente, en torno a un espectáculo que dejó a Urok perplejo.

En el centro de un corro formado por los artesanos y trabajadores que debían estar reconstruyendo a esa hora el castillo, yacían nueve cuerpos sin vida. Sus ropas estaban empapadas y algunos tenían las extremidades seccionadas. Urok contempló la escena en silencio hasta que un murmullo lo sacó de sus pensamientos.

—Explicadme qué es lo que ha pasado.

—Los han matado, mi señor —contestó rápidamente una mujer que tenía a su lado.

—Fueron los hombres del rey Tanios —acusó un hombre.

—Los atacaron mientras estaban pescando...

—¿Alguien fue testigo? —preguntó Antenor.

—Él —señalaron varias personas a un hombre con el semblante cetrino.

—Cuéntanos lo que viste —exigió Urok en un tono quizás más grave de lo que él mismo hubiese querido.

—Ellos tienen razón, señor. Fueron los hombres del rey Tanios quienes los mataron. Hundieron su barco y nos advirtieron a los demás. No podíamos faenar en las aguas del rey.

Tras unos segundos de intensa espera, el hombre les explicó que como todos los días, varios barcos del puerto de Ostaloc salieron a pescar. Se alejaron de la costa como de costumbre, pero a las pocas horas del amanecer, varios barcos de guerra los rodearon y hundieron dos barcos pesqueros como advertencia a los demás. Dejaron que recogieran a los ahogados en uno de ellos que había quedado volcado para que le mostrasen al resto de pescadores que no era seguro pescar fuera de El Yermo.

—Nos dijeron que esto era lo que conllevaba la traición y que el mar les pertenecía a ellos y a su rey. Nos exigieron que no fuéramos nunca más a faenar o si no, terminaríamos como ellos —dijo finalmente el hombre señalando a los cuerpos.

Todos se mantuvieron en silencio esperando que él respondiera, pero necesitaba pensar. Tanios había roto la paz, se estaba arriesgando a una guerra, teniendo otra sin acabar contra su hijo Eustad.

—Urok, nos tenemos que reunir —rompió el silencio Mansón.

Le iba a recriminar que necesitaban calmar a aquella muchedumbre. No los podía dejar en aquella situación sin darles la certeza de que la resolvería de inmediato, pero la gravedad en la expresión de su amigo lo convenció para seguirlo.

—Enterrad estos cuerpos, el Consejo resolverá este asunto cuanto antes —les dijo Antenor antes de seguirlo.

—¿Esta es la protección que debemos esperar a partir de ahora? —preguntó indignada una mujer con la cara marcada por el llanto.

—Todos sentimos la muerte de estos pescadores —respondió Urok—, pero debemos actuar con sensatez. Os puedo asegurar que serán vengados... y pronto.

## LA FUENTE

—No sé por qué no vamos directamente al monasterio, creo que es lo más importante ahora mismo. La gente debe conocer las aventuras que hemos sufrido desde que salimos en busca del diario de Arjón. Deben saber del primer monje guerrero y de cómo vencimos a las fuerzas del mal por medio de...

—¿Es que nunca se calla? —le preguntó Habal, harto de escuchar a Lun Tao que se quejaba sin parar desde que ella les dijo cuál sería su destino, Tiara.

Antes de marcharse de Ostaloc, Eilen, había decidido cuál sería su primera parada antes de viajar a Egar para visitar a sus abuelos. Cuando escuchó la historia de su madre por boca de Delfo, concluyó que tenía que escucharla desde el punto de vista de quien la había conocido personalmente. Quería hablar con aquella anciana que ayudó a su madre a limpiar la fuente de la zona pobre de la ciudad y quería también visitar la tumba de su verdadero padre, aquél que murió por Ela y que permitió que escapara de las garras de uno de los hombres a los que había jurado venganza, Sargón.

El viaje lo hicieron con rapidez, no se paraban en ninguna ciudad a pesar de que la mayoría de las veces las ciudades y pueblos se vaciaban para verlos pasar por sus cercanías. La gente los observaba con curiosidad, pero también con temor. Miedo por aquello que no comprendían, por bestias, fábulas y cuentos que habían escuchado desde pequeños y que ahora parecían reales. Los alababan al pasar pero desconfiaban cuando se detenían.

Ella los comprendía, habían sido los artífices de una revolución que se suponía que había liberado al pueblo de El Yermo de las garras de una monarquía que no miraba por su bien, sin embargo, las personas que los aplaudían o reculaban ante el avance de los varrats no habían notado diferencias entre un gobierno u otro, porque era el noble con más poder o cualquier mercader adinerado el que habría sustituido al recaudador real como persona encargada de cobrar los impuestos y de hacer cumplir la ley.

Esa fue una de las razones para no detenerse en ninguna población. Tanto Habal como ella y el monje no querían asustar innecesariamente a la gente, además de que querían darse prisa para no demorarse demasiado en llegar a Egar.

El monje les perforaba los oídos continuamente para que fueran directamente al monasterio y así poder entregar su segundo libro a Shi Yeon para que fuera copiado y distribuido entre todos los monjes. A pesar de lo molesto que resultaba Lun, Eilen no quería mandarlo solo hacia el bosque. No quería admitirlo, pero se había acostumbrado a su presencia y agradecía su compañía, algo que a Habal no parecía gustarle demasiado. Reconocía la etapa en la que estaba, a Tubal le había pasado lo mismo cuando fueron en busca del diario de Arjón, así que confiaba en que pronto no le molestara tanto.

Llegaron a Tiara dos semanas después de salir de Ostaloc. Como en todos los lugares habitados por los que habían pasado, mucha gente salió a recibirlos, pero a diferencia de los anteriores, en cuanto se detuvieron y más tarde giraron para entrar en la ciudad, muchos los vitorearon al ver que iban a visitarlos, pero los vítores se vieron apagados por los numerosos murmullos y los hombres armados que salieron a recibirlos.

—No podéis pasar —les dijo el que parecía tener el rango militar más alto.

—¿Quién prohíbe a unos héroes de El Yermo entrar en una de sus poblaciones? —preguntó Lun Tao adelantándose.

—Son las órdenes del conde Murel de Biala. Si queréis entrar en la ciudad, lo tendréis que hacer sin esas bestias a las que montáis.

—¿Cómo osáis hablarle así a Eilen Jara la líder hechicera y a Habal el Grande, el Caballero Oscuro, miembros de la Orden de las Seis Puntas? Gracias a ellos ya no estáis bajo el yugo de la familia Trevorian, ahora sois libres de...

—Sabemos lo importantes que son y también hemos oído hablar del monje que escribe y relata todo lo que pasa en torno a la revolución —dijo mirando a Lun Tao—. No es nuestra intención ofenderos, pero creo que es mejor para todos que estos animales descansen lejos de la población. El conde Murel estará encantado de recibirlos en el castillo de Tiara. Seréis sus invitados de honor y podréis traer vuestras monturas. Seréis tratados como héroes y en tu caso, monje, como erudito. Seguidnos pues —terminó de decir el representante de la guardia de la ciudad.

—Dígale al conde Murel que estaremos encantados de ser sus invitados, pero que nos gustaría visitar la ciudad antes y pasar la noche en el tribunal de la Orden de la Roca.

—Ese edificio se usa como almacén militar desde que la orden fue extinguida por el rey Tanios, seguro que estaréis más cómodos en palacio —interrumpió a Eilen uno de los hombres de la guardia.

—Si no es posible, preferimos alojarnos en una de las posadas de la ciudad —dijo Habal.

—Le transmitiré vuestros deseos al conde —terminó por contestar visiblemente molesto el soldado de mayor rango.

Eilen ya le había dicho a Habal y a Lun que no quería pasar la noche en aquel castillo donde según su padre, Ela había sido agredida y casi violada y donde su padre biológico había sido acusado injustamente y más tarde juzgado y condenado a muerte con pruebas falsas.

## EL SEÑOR DE LOS SALVAJES

Susurró una orden a los varrats para que éstos se quedaran a las afueras de la ciudad y siguieron a la guardia que los había recibido montados sobre Sentencia, Bestia (como Habal había bautizado a su varrat) y Lun sobre otro de estos animales. Poderoso y Romal los siguieron también, no así la lechuza, que decidió quedarse con el resto de animales.

Siguieron a los hombres armados a través de las estrechas calles de Tiara, que no parecían tener ninguna planificación, no eran muy largas ni muy anchas, las casas salpicaban los laterales como si no las hubieran querido hacer en los lugares donde finalmente habían sido construidas.

De pronto, la estructura de construcciones comenzó a cambiar. Las calles pasaron de estar sucias y mal cuidadas a estar limpias y vigiladas. Eilen decidió no continuar, su primera parada sería el cementerio. Uno de los hombres de la guardia fue el encargado de dirigirlos hacia allí. El resto partió hacia el castillo para comunicar las nuevas al señor que ahora vivía en él.

Tuvieron que seguir avanzando un buen rato más para llegar al tribunal. La imagen de lo que una vez fue la sede de los caballeros de la Orden de la Roca era desoladora. Estaba mal cuidado, parecía haber sido abandonado hacía varios años, la hierba alta tapaba parte de la entrada, las hiedras evitaban que la luz del sol entrara por las ventanas y las tres armas del escudo de la orden no se diferenciaban por el moho y el musgo provocados por la humedad y la falta de cuidado.

—¿Aquí está el cementerio donde fue enterrado Ervigio? —preguntó algo emocionada Eilen.

—Está en la parte de atrás. Fue enterrado en el mausoleo. Podéis entrar cruzando esa cancela —respondió el hombre, señalando una pequeña portezuela de metal.

Habal fue el primero en descabalgarse y en entrar en el cementerio. Ella lo siguió, siendo el último en pasar el monje que había sacado unos papeles y había comenzado a escribir.

El mausoleo estaba igual o más descuidado que el tribunal. Tuvieron que regresar para pedirle al representante de la guardia de la ciudad que los acompañaba a que buscara las llaves para abrirlo.

—¿Qué estás escribiendo ahora? —preguntó Habal a Lun Tao mientras esperaban.

—La historia personal de Eilen. Como heroína moderna es mi deber escribir un libro sobre ella. Este momento debe ser uno de los más emotivos y todo futuro lector debe saber la reacción de uno de sus futuros mitos al descubrir la tumba de su verdadero padre.

Eilen no le dijo nada al monje. Quizás no tenía derecho a relatar sus sentimientos, pero tampoco era nadie para prohibirle al monje escribir uno de sus libros que consideraba importante para la historia de El Yermo. Se sentía molesta por ello, pero no dijo nada. En esos momentos hubiera preferido estar sola, pero no tuvo coraje de decírselo a Habal ni a Lun Tao.

El guardia les entregó las llaves de inmediato y se retiró para dejarles intimidad. Tras observar lo que había hecho aquel hombre, Habal y el monje decidieron dejar sola a Eilen. No le dijeron nada, pero ella pudo ver cierta

incomodidad. Quizás debido a que no se habían dado cuenta de su estado emocional hasta ese momento.

El mausoleo era más amplio de lo que parecía desde fuera. Había muchas tumbas, todas con inscripciones que no dejaban de ser nombres sin ningún significado para ella. Tenían fechas indicando el tiempo en el que aquellos hombres habían servido como comandantes de la Orden de la Roca en Tiara. En el lateral derecho de la pared, en la última tumba, la más reciente, distinguió el nombre de Ervigio. Debajo de su nombre se destacaba una inscripción.

*6 años como comandante en Tiara*

Derramó algunas lágrimas por aquel padre que nunca pudo conocer, aquel hombre que murió por la envidia de Sargón, alguien que dio la vida por su madre y que jamás habría pensado que su hija podría vengarlos algún día.

Tuvo que salir del mausoleo para evitar los recuerdos de las traiciones pasadas. Seguía teniendo el mismo objetivo que cuando entró en el Bosque Aullante, vengarse de Velaro y de Sargón, y no le temblaría el pulso si para obtener la venganza se tenía que llevar por delante al mismísimo rey Tanios. Pero aquel no era ni el momento ni el lugar para rememorar esos pensamientos.

—¿Estás bien, Eilen? —le preguntó Habal, acercándose a ella para abrazarla.

—Sí. Ahora tenemos que ir a la fuente. ¿Dónde podemos encontrar la plaza de Fuente Clara? —preguntó al guardia.

—Está en el barrio pobre. Podéis preguntar para llegar hasta allí. Yo os acompañaría, pero me tengo que quedar ordenando el almacén —terminó diciéndoles el hombre con algo de aprensión.

Los tres dejaron el tribunal y volvieron a montar sobre sus varrats. Se dirigieron a paso lento a la zona pobre de la ciudad. En cuanto salieron de la zona más cuidada, una marea de gente los comenzó a seguir a unos metros de distancia, en silencio, con miradas de adoración. Sólo se acercaban a ellos cuando les preguntaban por la dirección a tomar.

Como le contó su padre, la fuente que estaba en el centro estaba llena de basura al igual que el resto del lugar. El olor era nauseabundo, mezcla de los desperdicios y de los excrementos de ganado y de animales domésticos que se unían dando como resultado una atmósfera casi irrespirable, sin embargo, toda la gente que se había congregado en ella para recibirlos parecía no molestarse por aquel olor.

Aquella era la fuente que un día su madre limpió en compañía de una mujer que según Delfo ahora era una anciana. Le desilusionó verla en aquel estado de dejadez, pero alejando la vista y centrándose en los edificios y la gente que allí habitaba, no era de extrañar el abandono de todo aquel lugar.

Muchos de los presentes comenzaron a susurrar y a señalar el gran parecido que tenía con su madre. Todos debían saber ya que era la hija de Ela, pues nadie cuestionaba los comentarios de aquellos que la señalaban como hija de la



## EL SEÑOR DE LOS SALVAJES

que una vez llevó a aquel barrio a un esplendor que había perdido, al parecer, hacía ya mucho tiempo.

—Busco a una anciana que vivía antes en esta plaza. Ayudaba a mi madre a sanar a los enfermos. ¿Sabe alguien dónde la puedo encontrar? —preguntó Eilen a la multitud que se había agolpado a su alrededor.

—Murió —respondió una joven.

La gente se apartó para dejar ver a la mujer. Estaba apoyada en la puerta de una casa que había sido reformada no hacía mucho. Eilen descabalgó y se acercó a ella.

—Lo siento —fue lo primero que dijo—. ¿Cuándo murió?

—Hace un par de meses. Por suerte murió sin dolor. Una mañana simplemente no despertó.

—¿Ella fue la que ayudó a Ela a depurar esta fuente?

—Sí —respondió la mujer con orgullo—. Si queréis pasar, os puedo contar su historia. No hace mucho estuvo aquí un hombre que nos dio algo de oro para que mi abuela les contara la historia de la fuente. Creo que se llamaba Delfo —le contestó, señalando la puerta.

Habal y Lun también desmontaron y la acompañaron al interior de la vivienda. La muchedumbre esperó, expectante, en la plaza mientras observaban con recelo a los animales que esperaban a sus dueños apaciblemente.

Después de ofrecerles unas bebidas y unas pastas, la joven comenzó a relatarles la historia que una vez su abuela le contó a Delfo. Cómo Ela llegó desde el Bosque Aullante a Tiara y cómo conoció y se enamoró de Ervigio, cómo Sargón los traicionó y organizó un plan para matarlos a los dos una vez Ela lo había rechazado, cómo su madre tuvo que huir de Tiara y cómo su padre murió ajusticiado por un amigo y traicionado por un pueblo.

Cuando la joven terminó de contarles la historia, les ofreció quedarse a dormir en aquella casa, recientemente reformada con el dinero que les entregó Delfo a ella y a su abuela. Le dijo que si la anciana hubiera vivido querría que la hija de Ela descansara al menos una noche bajo su techo.

Eilen aceptó su oferta. Sentía lástima por la anciana aun sin conocerla. Imaginó el dolor que debió haber sufrido por no ayudar a su madre. Al menos confiaba en que Delfo le hubiera contado que ella vivía y que gracias a los que ocultaron la partida de Ela, ésta pudo dar a luz.

Tuvieron que dormir los tres juntos, pues pese a la reforma la casa sólo tenía dos habitaciones. El colchón era cómodo, se notaba que lo habían cambiado hacía poco tiempo, pero el hecho de compartirlo con Lun Tao la agobió bastante. Habal tampoco pegó ojo. No así el monje que, tras soltarles una charla sobre la castidad, el honor y la sabiduría, cayó en un sueño profundo.

Cuando pasó la medianoche, ella y Habal salieron de nuevo a la plaza, de donde la muchedumbre agolpada durante la tarde había desaparecido para regresar a sus casas. Los últimos ruidos de una posada cercana habían cesado y ya sólo se escuchaba la respiración profunda y acompasada de los varrats, Romal y Poderoso que dormían plácidamente cerca de la entrada de la casa.

Sin necesidad de decir nada, Habal y ella comenzaron a retirar la basura de la fuente. Lun Tao los sorprendió poco tiempo después, al principio, los observó y sacó su libro para escribir, pero en el último momento decidió no hacerlo y ayudarlos con la limpieza.

Estuvieron trabajando hasta el amanecer para dejarla tal y como la joven les había dicho que Ela la dejó la primera noche que pasó en Tiara. Lo más difícil había sido encontrar la obstrucción de las cañerías para que la fuente volviera a echar agua, pero con la ayuda del monje (que tenía experiencia en esos menesteres de cuando habitaba en el monasterio) consiguieron ponerla en marcha antes de que saliera el sol.

—Si hace falta volveré aquí cada año para que esta fuente esté siempre limpia y funcionando —le dijo a Habal antes de que la gente comenzara a deambular por la zona.

Todos los que pasaban por la plaza se quedaban mirándolos, pero ya no se asombraban tanto de ver a aquellos extraños animales o a aquella mujer que tanto se parecía a la que una vez llegaron a venerar. Ahora admiraban la limpieza de la plaza como si de un milagro se tratara. Los tres no tardaron en ver ese cambio en las miradas de los transeúntes. Cuando entraban en la plaza parecía que entraban a una ciudad extraña, pero acogedora. No dejaba de ser la suya, sin embargo, la miraban con un respeto que parecía que habían perdido hacía mucho.

—Ahora que hemos obrado un milagro, creo que es hora de cumplir con el protocolo y visitar el castillo. Sería una descortesía por nuestra parte no mostrar nuestros respetos al nuevo señor de Tiara —comentó Lun.

Parecía que el monje quería probar los lujos de la ciudad y dejar de vagar por un tiempo.

—Ve tú si quieres —replicó ella de inmediato—. Yo no pienso poner un pie en el lugar donde maltrataron a mi madre y donde juzgaron injustamente a mi padre.

—Entonces, ¿partimos ya? —preguntó Habal—. Creo que me has pegado tu preferencia por los espacios abiertos. Necesito dormir a tu lado una noche entera a la luz de la luna.

—Esta noche dormiremos tranquilos... y si nuestro querido monje nos deja, harás algo más que dormir —le susurró al oído con una mirada pícaro hacia Lun Tao.

—Entonces esperadme aquí. Me parece de mala educación irnos sin avisar. Yo mismo iré en vuestro nombre a saludar...

El monje siguió hablando hasta que se perdió de vista.

—Iremos a visitar al padre de Cléofe, mis tíos me mandaron saludos para él.

Mientras Lun visitaba al conde Murel, ellos se acercaron a la tienda de ropa de Apolo. No parecía irle mal, de hecho, al llegar, la tienda estaba llena de personas que parecían deseosas de gastar su dinero sin importarles lo que comprar. El padre de Cléofe los recibió encantado. Les contó que su negocio había florecido después de la guerra y que ahora todos los nobles, mercaderes y personas adineradas de Tiara querían vestir sus ropas. Les preguntó por Cléofe,

## EL SEÑOR DE LOS SALVAJES

por sus tíos y por su padre. Se apenó mucho al escuchar la historia de la muerte de Elvio, Zoilo y Nicanor, así como de la de Lungard. “Ningún dios debería permitir que muchachos tan jóvenes murieran con toda su vida por comenzar”, les dijo emocionado. Después de darle las noticias, Apolo los invitó a los dos a comer en una taberna cercana. Les preguntó por su hija, quien le había estado enviando cartas desde hacía algunos días contándole su relación con Delfo y las últimas noticias en Ostaloc. Eilen tuvo que reconocer que le gustaba su madrastra y se lo dijo a Apolo. Él les ofreció que se quedaran en Tiara unos días más, “son días de paz y hay que disfrutarlos”, les dijo, pero Eilen rechazó la oferta, aunque no sin trabajo. Querían partir hacia Egar cuanto antes para ver a sus abuelos y a Reufa. Allí, le contó a Apolo, permanecerían unos días antes de viajar al Bosque Aullante. Sería en la fortaleza de la Orden de la Roca donde disfrutarían de los tiempos de paz. Aunque en los pensamientos de Eilen no existían tales planes, pues sólo pensaba en comenzar la venganza contra Sargón y contra Velaro.

Se despidieron y se reunieron en la plaza con Lun para partir horas antes de que un mensaje del Consejo llegara a Apolo para localizar a Eilen y pedirle que regresara a Ostaloc. La Primera Hechicera de la orden de las Seis Puntas era convocada por el dios Blanco, una nueva guerra estaba a punto de comenzar.



## EL EMBAJADOR

Acaban de llegar a Gateh provenientes de Ostaloc. Los generales, representantes de todos los ejércitos que apoyaban al rey Tanios, los esperaban en el puerto, algo más pequeño que el de la capital de El Yermo, pero que igualmente descansaba bajo las faldas de una gran ciudad coronada por un gran castillo.

Hacía mucho tiempo que no viajaba a Borvantú. No fue hasta que recién casado y nombrado caballero fue enviado a aquella misma ciudad para recoger a cuatro nuevos alumnos que querían ingresar en la Orden de la Roca. Desde entonces no había cambiado mucho, el castillo destacaba más que en cualquier lugar de los que él había visitado, la principal razón era que tanto las casas bajas que rodeaban a las murallas, así como casi todos los edificios de su interior estaban pintados de blanco. Tenía entendido que los habitantes de Gateh, al igual que la mayoría de Borvantú, pintaban con una mezcla de cal y agua sus viviendas para evitar que el calor abrasador del verano calentara excesivamente el interior de las habitaciones. Así, en aquella ciudad lo único que no se había pintado de ese color eran las paredes del castillo.

Las campanas situadas en sus seis torreones sonaron al unísono para dar la bienvenida al rey y a los hombres que habían partido al rescate de su hijo menor. Un hijo que había muerto a manos de un caballero de la Orden de la Roca justo antes de que Tanios pudiera arribar al puerto de Ostaloc.

Él había viajado en el mismo barco que el rey, pero había notado que lo trataba como responsable de la muerte de su hijo Liuva, dejándolo casi aislado en uno de los camarotes del navío. Eso no le importaba, viajaba con su nuevo “alumno”, por llamarlo de algún modo. Rahn, aquel joven que sentía una rabia casi enfermiza contra Eilen.

Por suerte, el hombre que le debía la vida y uno de sus colaboradores en el plan que al final estuvo a punto de truncar, Sargón, sí gozaba del favor real, así como su hija. Tanios había decidido mantenerla cerca y aunque Velaro todavía no le había dicho que era su padre, de necesitarlo en un futuro, no dudaría en contar con ella para intentar terminar la venganza que un día comenzó al descubrir la mentira en la que había sido envuelto. El único Trevorian vivo que quedaría tras esa guerra sería Eustad, así que le quedaban dos objetivos por eliminar y ambos se encontraban muy cerca de él.

Pero para continuar con su plan tenía que contactar con Eustad y sobre todo con su hechicero, Aedren. Hacía ya mucho tiempo que no se relacionaba con el hijo mayor de Tanios, por el que conoció la existencia de su hija que creía muerta y gracias al cual estaba a punto de recuperarla. Sabía que el objetivo final de Aedren y Eustad era que este último gobernara en todo el Imperio, ya que había sido traicionado por su padre al repartir el poder entre sus hermanos, pero si a él era al que debía rendir pleitesía, lo prefería, al menos Eustad le había ofrecido la verdad, no como su padre.

—¿Qué haremos ahora, señor? —le preguntó el joven Rahn en cuanto el barco atracó en el puerto.

—Ahora debemos esperar, no podemos hacer otra cosa...

—Pero los insurgentes no pueden gobernar El Yermo. Tenemos que acabar con ellos, tenemos que matarlos a todos.

Tenía que tener cuidado con aquel joven, era demasiado impulsivo y la idea de venganza le nublaban todas las ideas. Le daba igual de parte de quién ponerse con tal de que Eilen muriera. Él no tenía nada contra la joven antes de que llegara a Ostaloc y estuviera a punto de echar a perder su plan, pero desde entonces había crecido en él una animadversión hacia ella. Era una hechicera y había sido entrenado para eliminar a todos los hechiceros, al menos a aquellos que se contaran entre sus enemigos.

A Rahn lo tendría que tener a la vista, no se fiaba del todo, podía hablar más de la cuenta. Aun así, lo tendría que utilizar. Había perdido poder y no tendría tantos medios a su disposición como había tenido anteriormente en El Yermo, así que tendría que usar a Rahn en muchas de sus misiones y a Sargón para que espíara al rey.

A su hija la protegería a no ser que fuera necesario avisarla de algún peligro. Ya tenía pensados varios planes para eliminar a sus adversarios, pero tenía que actuar con mucha precaución.

Para su alegría, en el puerto vio a varios hombres que reconocía, no sólo altos cargos del ejército, sino antiguos comandantes y hombres de la Orden de la Roca. Quizás pudiera usar a esos hombres a su favor, quizás pudiera revivir la orden militar.

—Eilen y los demás traidores no se saldrán con la suya, Rahn, pero hay que saber cuándo ser paciente y cuándo impulsivo —respondió al joven tras un largo silencio—. Recuerda que servimos a nuestros propios objetivos, pero eso no significa que tengamos que olvidar lo que hacen los demás.

Rahn no estaba conforme, lo pudo ver en su semblante, pero no hizo aspavientos ni ningún gesto de desaprobación a sus palabras. “Al menos parece reconocer quién tiene el mando”, pensó.

Desembarcaron los últimos, tras los presos, el más importante Talvio de Minas Blancas, el hombre que ahora era el legítimo heredero de unas minas importantes en Costa Dorada. Tampoco lo tenía que perder de vista, podría ser una buena opción para jugar a dos o tres bandas. El joven había sido tratado bien, demasiado bien en su opinión. En el barco incluso le cedieron un camarote propio. Velaro se molestó al principio, pero tras recuperar la calma,

## EL SEÑOR DE LOS SALVAJES

comprendió que Tanios había pensado que Talvio era más valioso de los que muchos pensarían de un simple preso, podía ser la llave de un futuro pacto con El Yermo.

En el puerto mantuvo la calma, lo estaban tratando peor que a cualquier marinero, pero sabía que no debía protestar. Creía que Tanios lo llevaría al límite para comprobar su lealtad, así que desde el mismo momento que subió al barco del rey, supo que tendría que serle realmente fiel durante un tiempo, al menos en apariencia.

Al salir del puerto, los llevaron en un carro hasta el castillo. El júbilo entre la gente que esperaba ver Velaro, como casi siempre había visto en las ciudades al recibir a su rey, no era tal. Salvo por algunos chiquillos que los miraban embobados, el resto de las personas congregadas para recibir a Tanios parecían haber sido obligadas a asistir a aquel correcalles de carros y caballos.

En las puertas del castillo los desviaron hacia un edificio cercano a las murallas, el rey y sus súbditos continuaron hasta el patio principal.

—Esperad aquí hasta que recibáis nuevas órdenes —les comunicó un soldado antes de dejar paso a un hombre de mayor rango.

—No debes hablar así a un caballero, Fahd —dijo un hombre vestido con armadura plateada al soldado en tono de reproche—. Perdónelo, Velaro, algunos soldados parecen haber olvidado su educación.

Contestó con un asentimiento, mirando duramente al joven soldado llamado Fahd. El otro hombre, que por lo que observó en sus insignias era capitán, tenía el aspecto de estar curtido en más de una batalla. Más bajo que Velaro, pero más ancho y aparentemente más fuerte, de piel negra como el azabache, tenía una perilla entrecana que contrastaba con el color negro de su pelo. “Puede que se lo tiña”, pensó Velaro al ver ciertas marcas arrugadas en su cara. Había visto que muchos nobles de más de cincuenta años se teñían el pelo en Ostaloc para aparentar menos edad y todos ellos lo hacían por querer esconder algo, o al menos eso pensaba él. Le gustaría saber qué quería ocultar ese hombre.

—Mi nombre es Dailwud, soy el capitán de la guardia de la muralla. Hemos recibido orden del propio Tanios de manteneos aquí, bajo nuestra protección, hasta que nuestro honorable rey crea conveniente reunirse con vos. Antes de dejaros solos, he de pedirlos que os desarméis.

A Velaro no le gustaba estar en un lugar desconocido desarmado. Se había acostumbrado a vivir su día a día sin armas en la fortaleza de la Orden de la Roca, pero desde que dejó el Bosque Aullante siempre había portado alguna. Se tuvo que deshacer del arco nada más llegar a Ostaloc y en muchas ocasiones dejó de lado su lanza, como lo había hecho al embarcar hacia Borvantú, pero también era consciente de que no dejaría de ser vigilado si no se ganaba la confianza del rey, así que se desabrochó el cinturón del que colgaba su espada y se la tendió a Dailwud. Luego hizo lo propio con un puñal y miró a Rahn para que dejara sus armas.

Su nuevo discípulo tardó en reaccionar más de lo que le hubiera gustado a Velaro, se mostró más reacio al entregar un cuchillo adornado de su padre que

él mismo. El capitán de la guardia miró al joven duramente e hizo ademán de levantar el brazo para darle una bofetada.

—Perdone a mi escudero, capitán. Todavía no le he enseñado a comportarse como debe en ciertas situaciones —intervino para evitar la agresión. Aunque tal vez a aquel joven le hiciera falta algún escarmiento.

—¿Un escudero? —Preguntó algo sorprendido Dailwud—. Es difícil ver hoy en día esas costumbres antiguas. Lo normal es que los jóvenes ingresen en el ejército o en alguna academia militar.

—Es cierto, pero en los tiempos que vivimos creo que es una opción perfectamente válida. Contar con un discípulo que aprenda allí donde nos lleve la guerra puede ser la mejor opción —respondió Velaro.

—Es posible —contestó el capitán de la guardia con voz monótona dando a entender que ahí terminaba la conversación.

Los dejaron a solas en una habitación pequeña que constaba de una mesa y dos sillas de madera. Parecía una garita de vigilancia. En la mesa había una jarra con agua y dos trozos de pan y algo de cecina de caballo.

Velaro tenía hambre y suponía que Rahn estaría hambriento, pues ninguno de los dos había comido nada a bordo del barco al no estar acostumbrados a viajar por mar y porque el Estrecho de Puertas Labe no era el lugar más tranquilo para navegar.

—Come un poco Rahn, seguro que tienes hambre —ordenó Velaro al joven.

—¿Cómo puede permitir que nos traten así? No somos perros ni le hemos hecho nada a Tanios —le preguntó Rahn indignado.

—Tienes mucho que aprender y si siempre te portas como un niño, nunca lo harás. —El joven pareció avergonzado, pero aun así lo desafió con la mirada—. Está claro que el rey Tanios nos culpa en parte por la pérdida de su hijo, así que nos tendremos que ganar de nuevo su confianza, con actos, no solo con palabras. Y el primero de ellos, aunque no te parezca importante es el de comer lo que nos han dejado.

—Pero esto es comida para sirvientes o presos. Nosotros deberíamos estar comiendo en el banquete de bienvenida que le estarán dando ahora al rey. Mi padre...

—Tu padre ya no existe para ti, se quedó en El Yermo. Tú has elegido seguirme, ser mi discípulo. Tendrás que aprender de mí y eso significa que tendrás que obedecerme en todo lo que yo te ordene. —Miró al joven, parecía estar abrumado por aquella perspectiva de su nueva vida. Se intentó relajar un poco y pensar con más claridad, no convenía presionarlo demasiado, lo quería enseñar bien—. Tienes que hacerme caso e intentar sacar una lección de todo lo que nos pase. Te aseguro que no caeremos más bajo de lo que estamos ahora mismo.

—¿Y qué lección es ésta, que nos debemos someter a todo lo que nos digan? —preguntó con sorna Rahn.



## EL SEÑOR DE LOS SALVAJES

—La lección es que ahora debemos someternos al rey. No puedes luchar sin armas y sin ejército en una guerra y como ves, ahora mismo estamos desarmados —le contestó con tranquilidad Velaro.

Rahn no se quedó conforme, pero no le replicó, lo que parecía un avance. Lo entendía. Hasta a él, con su experiencia, le disgustaba el tratamiento que estaban recibiendo, pero sabía que en esos momentos de dificultad debía actuar con pies de plomo, no se podían permitir ningún error.

Pasaron varias horas en aquella habitación, Velaro imbuido en sus pensamientos y Rahn nervioso, hablando entre dientes sin decir nada audible para él. Intentaba pensar en Sargón y el papel que podría jugar en el futuro. Reflexionó sobre los hechos acaecidos en Ostaloc y el final de Liuva, confiando en que nadie salvo él supiera lo que realmente sucedió la noche de su muerte.

Abrió la puerta el mismo soldado que los llevó hasta allí.

—Síguenme, Dailwud os dará nuevas instrucciones.

—¿Y nuestras armas, Fahd? Por cierto, ¿qué nombre es ese? Parece el de una mascota más que el de un hombre —dijo Rahn en cuanto salió de la habitación.

Velaro lo miró con dureza y le dio una bofetada con el dorso de la mano. Siempre había estado en contra de usar la violencia para aleccionar a los aprendices en la fortaleza de la Orden de la Roca, pero era consciente de que sólo llegaban los jóvenes mejor preparados de todo El Yermo y parte del Imperio, y quizás conociendo la procedencia de Rahn, le hiciera falta emplear la mano dura para que aprendiera como él quería.

Rahn se volvió hacia Velaro y éste pudo ver que le dolía más el orgullo por el hecho de haberle golpeado delante de un simple soldado que el daño que realmente le pudo hacer.

—Deja tu vanidad a un lado hasta que yo te lo ordene —le espetó antes de que el joven replicara.

—Fahd ha sido el nombre que en mi familia siempre se le ha puesto al primer varón en nacer desde la Diosa nos gobierna desde el más allá —dijo el soldado algo avergonzado, tal vez para calmar a Rahn, que todavía le mantenía la mirada a Velaro.

—Discúlpate por tu impertinencia ahora mismo —le dijo a su joven discípulo, en un tono más suave.

—Siento mucho si te he ofendido Fahd. Tu nombre es honorable, perdóname —se disculpó Rahn mirando a Velaro.

—Ahora llévanos hasta tu superior —pidió, conforme con la actitud de su aprendiz.

El soldado los llevó primero al patio y luego a través de una entrada auxiliar a una sala donde estaban congregados varios hombres de armas, entre ellos Dailwud. Los tres esperaron un buen rato a que el capitán de la guardia terminara de dar órdenes a todos sus hombres, en cuanto éstos se marcharon, se dirigió a ellos.

—Seréis llevados a Lahnés. Allí formaréis parte del ejército, recibiréis un nuevo rango en cuanto lleguéis y se os entregarán las órdenes pertinentes. Es una orden directa del rey —fue lo que les comunicó.

Velaro se quedó sin palabras. No esperaba aquel movimiento, tenía que estar cerca de su hija y del rey, en Lahnés no podría...

—¿Al ejército? ¿Pero qué se ha creído el rey? Mi padre ha aportado mucho oro para que yo llegue hasta aquí y no permitirá que ingrese en el ejército como soldado —interrumpió sus pensamientos su joven aprendiz.

—¡Calla ya, Rahn! ¿No te das cuenta que las órdenes vienen del rey? No escuchará a alguien como tú y mucho me temo que a mí tampoco querrá oírme. —Pensó un momento, ignorando por completo a Dailwud y a Fahd. Necesitaba permanecer en la capital y organizarlo todo desde allí. Aunque quizás tuviera una buena oportunidad de comunicarse con Aedren, pero si quería seguir siendo útil, debería viajar como un alto cargo y no como un simple soldado—. Muy bien, comuniqué a quien deba que aceptamos las órdenes de nuestro rey.

Dailwud asintió y los condujo en silencio hacia una pequeña armería donde habían guardado sus armas.

—Cuando hayáis recogido vuestras cosas dirigíos al patio, vuestra caravana saldrá en breve —les informó el capitán de la guardia.

—Dirigete a la cantina y habla con hombres del ejército para preparar el viaje, que no sean más que sargentos, tenemos que parecer que aceptamos las órdenes. Yo me encargaré de revertir nuestra situación aquí.

El joven aceptó y salió disparado hacia el edificio en el que se reunían muchos de los soldados del rey para beber y comer durante el día. Él fue directamente al castillo, tenía que contactar con Sargón y hacer que intercediera para cambiar las órdenes que acababan de recibir. Todo el camino fue custodiado por Fahd que le pidió que se desarmara de nuevo en cuanto entraron al interior del palacio.

En el castillo y tras varios intentos le dieron audiencia con Sargón. El antiguo recaudador real se había recuperado de las heridas que recibió durante su cautiverio en Castañar, aunque todavía se veían en él signos de agotamiento. Se saludaron como dos viejos amigos que se rencuentran después de varios años sin verse. No sabía si Sargón lo consideraba así, pero desde luego él era consciente de que ya no le quedaban amigos con vida en aquel mundo.

El rey le había encargado que reconociera y describiera a todos los altos cargos del ejército traidor de El Yermo, a los nobles que habían colaborado y a toda orden militar, organización o religión que hubiera apoyado la revolución. Eso los hacía pensar que Tanios estaba madurando la posibilidad de una reconquista.

—Quiere desestabilizarlos, que el pueblo de El Yermo se levante contra sus nuevos gobernantes y cuando su ejército esté mermado, reconquistarlo. Si no consigue que el pueblo se levante, intentará que el gobierno de El Yermo sea imposible —le informó Sargón.